

Hugo Sanchez

Tú eres
MI DESEO

Tú eres
MI DESEO

Hugo Sanz

Título: Tú eres mi deseo.

Autor: Hugo Sanz

Primera edición: Noviembre, 2020.

Imágenes: Adobe Stock

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—Begoña Cifuentes, su abogado ya está aquí. —La voz de aquel policía me llegó como si nos separara un abismo, pese a tenerlo a escasos centímetros de mí.

Mi abogado, ¿quién me lo iba a decir? No me había visto en otra en la vida.

Yo, hurtando... Imposible, ahora solo me quedaba intentar demostrarlo. Lo malo era que la cámara de seguridad del local en cuestión no había logrado captar el ángulo desde el que se produjo el desaguisado.

Me quería morir, esa era la realidad... Detenida, amedrentada y sola... Si al menos mi madre estuviera en la ciudad, pero no, ella estaba de viaje. Siempre de viaje...

Desde que conoció a Rodrigo no paraba en casa y yo... Yo no le decía nada, pero la echaba tremendamente de menos. Aquel mes, en concreto, estaban en Bali. Como para decirle que me habían detenido, se iba a llevar el disgusto de su vida y ya bastante asustada estaba yo como para levantar más la liebre.

Temerosa, miré al frente. De siempre me habían impresionado aquellos ambientes; comisarías, juzgados y todo lo que tuviera que ver con esos entornos sórdidos que hubiera deseado no tener que pisar en mi vida.

Me estoy refiriendo a sus calabozos y zonas menos recomendables, claro, porque servidora, como cualquier hija de vecino, había ido a hacerse el DNI, el pasaporte o a tramitar cualquier documento a sus dependencias. Pero de ahí a cruzar la línea roja y verme entre barrotes mediaba un buen trecho.

Mi aversión por aquellos lugares me venía de niña. Digamos que, al contrario que mi madre, que era de buena familia, mi padre fue un delincuentillo más de los muchos que se consideran carne de cañón. Y de ahí que yo no quisiera verlos ni en pintura.

¿Cómo fueron mis padres a parar juntos? Pues vaya usted a saber, porque mi madre respecto a eso no es que hablara demasiado y siempre que yo la había empujado para que le diera un poco al pico me decía que lo suyo con mi padre fue una desgraciada casualidad.

Bonita manera de describir mi llegada al mundo... una desgraciada casualidad. Claro, y por eso también llegó mi hermana Marta, cualquiera lo entendía... Pero, para desgraciada, como me sentía yo aquel día.

No puedo decir que en aquella comisaría me hubieran tratado mal, sería de lo más injusta si afirmara tal cosa, pero sí al menos que yo no estaba allí precisamente como pez en el agua. Vamos, que me moría de ganas de salir y de respirar aire fresco.

—Vale —murmuré ante la inminente llegada de aquel chico que debería tener poca más edad que yo, es decir de veinticinco, según puede ver enseguida.

—Me llamo Marino Gil y tú debes ser Begoña Cifuentes —afirmó mientras le echaba un vistazo al expediente que ya tenía en la mano.

—Querrás decir Mariano, ¿no?

—¿Cómo? —Mi pregunta debió desconcertarle un poco, sacándole de la lectura inicial que estaba echando.

—Me refiero a tu nombre...

—Ah, no, es lo típico... Confunde a muchas personas, pero no. Mi nombre es Marino, ¿sabré yo cómo me llamo?

Tenía toda la lógica del mundo. Hubiera sido para matarse de risa que yo le hubiera corregido porque no supiera su propio nombre.

A veces mis cosas eran como de bombero torero y aquella fue una de ellas, sin duda...

—Vale, Marino, pero eres abogado, ¿no?

Un chiste fácil que sobraba, obviamente el chico no estaba allí tripulando ningún barco.

—Claro, mujer, a ti lo que te pasa es que te desconcierta mi juventud, pero no te preocupes que, aunque imberbe, no soy tan joven como parezco.

—Ah, ¿no?

—No, tengo treinta y dos años, aunque pocas veces me echan más de treinta. Además, mi padre es un reputado penalista y llevo toda la vida aprendiendo de él. No te preocupes, que te defenderé bien.

Marino Gil era un chico apuesto, de esos que podrían prestar su imagen para cualquier marca, con una sonrisa que enganchaba. Era como si sus palabras, una a una, me fueran calmando, por lo que enseguida agradecí su presencia.

No era fruto de la casualidad que estuviera allí. Nada más verme en ese embrollo me puse al habla con mi amiga Esther, cuyo padre era abogado civilista, de esos que se dedican a los asuntos de familia, algo que a mí me parecía hartó complicado, pero que al hombre le apasionaba.

—Bego, tranquila, que todo esto debe tener una explicación —me dijo ella—. Mi padre no puede ayudarte, pero tiene compañeros que podrán hacerlo. No te preocupes, que te enviará a uno de los mejores.

El dinero no era problema, al menos esa preocupación que me quitaba. Mi madre y Rodrigo gozaban de una posición económica muy desahogada, por lo que jamás faltaba en mi cartera una tarjeta que poder quemar a mi antojo.

Creo que así intentaban compensar sus ausencias, aunque en su favor diré que yo tampoco era una niña y que quizás los necesitara todavía cerca por aquellas carencias interiores que todavía me azotaban.

Con frecuencia me lo decía, Luis, mi coach.

—Sigues siendo muy dependiente y eso tenemos que trabajarlo. Tus familiares tienen derecho a hacer su vida y, además, eso te proporciona la magnífica oportunidad de hacer a ti la tuya. No la desaproveches, llena huecos, céntrate en ti, date caprichos, mímate y llega a la conclusión de que no tienes que llevarte con nadie mejor que contigo.

Muy fácil de decir y más difícil de hacer de lo que parecía, pero en ello estaba.

A pocas semanas de la Navidad era lo que pretendía. Esas entrañables fechas sí las pasaría con mi madre, su marido y Marta, aunque ya en Nochevieja cada mochuelo fuera a su olivo...

—Mejor que mejor —me comentó Esther, a quien le encantaba esquiar, pues estaba loca porque yo la acompañara a Baqueira Beret para recibir al Año Nuevo.

—Ya veremos, amiga, sabes que desde que me partí la pierna esquiando no es que la nieve me apasione.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Diez años? Jo, Bego, éramos dos chiquillas, pasa página ya.

Ese era mi problema, que me costaba pasar página y que me ahogaba en un vaso de agua.

Considero que funciono sin presiones y siempre con un plan preestablecido, porque lo de improvisar no va demasiado conmigo. Y luego estaba lo otro, a lo que se refería mi amiga, que costar página me costaba la misma vida.

Marino me miraba como esperando una explicación, pero eso era justo lo mismo que yo esperaba de él.

—Esto, entonces... ¿me puedes contar qué es lo que ha pasado? —me preguntó sin vacilar.

—Solo puedo prometerte que no tengo ni idea de cómo ha llegado ese anillo hasta mi bolsillo.

—Begoña, una cosa sí que es importante. Piensa que yo no voy a juzgarte en ningún momento, yo estoy de tu parte, pero es básico que me cuentes la verdad.

—¿De veras estás de mi parte? Y, perdona, pero sé de sobra la diferencia entre un juez y un abogado, no soy tonta. —Me puse tremendamente a la defensiva.

Claro que no era tonta, pero debía tener cara de ello. Menuda pardilla estaba hecha al comportarme así.

Maldije mi suerte. Quién me habría mandado a meterme en aquella joyería esa mañana. Pero, por otro lado, ¿qué posibilidades había de que ocurriera algo así?

Jamás me había sucedido una cosa tan inquietante. Entrar como clienta y salir como presunta, ¿ladrona? No sabía cómo se decía en el caso del hurto.

—Claro que estoy de tu parte, mujer, y no te preocupes en absoluto, es normal que pierdas un poco los estribos en esta situación, le podría pasar a cualquiera...

—Ya, perdona... No sé muy bien lo que digo, yo no soy así... Normalmente soy bastante más tranquila, pero es que aquí el panorama no puede ser más desalentador.

—Me hago cargo, no te preocupes. Y perdona si te he dado a entender algo que no pretendía, es solo que en muchas ocasiones nos encontramos con personas cleptómanas a las que les cuesta la misma vida reconocerlo. Muchas de ellas tienen un aspecto estupendo, como el tuyo, pero enseguida es el historial policial el que canta y nos encontramos con un pastel de no te menees.

Vaya, mi aspecto le había parecido estupendo, no entendía yo ni cómo. Anda que no debía estar desaliñada después del periplo aquel tan desagradable. Todavía cerraba los ojos y podía escuchar a la dependienta llamando a la policía mientras me decía que no me moviera de allí, que las cámaras me identificarían si lo hacía...

Malditas cámaras que servían para identificarme y no para resolver aquel embolado. Ni muerta hubiera cogido algo que no era mío. Mucho menos todavía lo que a todas luces consideraba un capricho; un anillo. Vale, quería uno para mi madre como regalo de Reyes, pero ni lo hubiera robado ni habría escogido uno tan caro como el que apareció en mi bolsillo.

Por Dios que había hecho un pan como unas tortas... Ir de compras para entretenerme y terminar entre rejas.

Surrealista al máximo, así me resultó. Por fortuna, ahora tenía a Marino conmigo, aunque debía reconocer que no habíamos comenzado con el mejor de los pies.

—Ya, sé a lo que te refieres, pero no. No soy cleptómana ni nada parecido y mi ficha policial la vas a encontrar más limpia que una patena.

—Bueno es saberlo. Entonces, lo que voy a necesitar es cualquier detalle que pueda ayudarme a ponerme en situación y a tratar de saber qué es lo que ocurrió en aquella joyería.

—A ver, intentaré hacer memoria. Yo entré y primero estuve mirando unos brazaletes en el centro de la tienda. No me gustó ninguno y...

—¿Hablaste con alguien mientras los mirabas?

—No, ni media palabra.

—¿Cuánta gente podía haber allí?

—No sé, igual tres o cuatro personas, supongo. Tampoco me fijé tanto.

—¿Sabrías decirme sus edades, su sexo?

—No exactamente. Bueno, había una señora mayor, sí...ahora la recuerdo. Me preguntó si una pulsera de plata que estaba mirando podría gustarle a su nieta, que tenía mi edad según me dijo.

—¿Estableciste una conversación con ella?

—No, bueno hablamos un poco... Le dije que la veía un poco clásica, que buscara algo más modernito porque seguramente le gustara más y ya después la perdí de vista.

—Intenta concentrarte. ¿Quién más había?

—Pues... entró una chica con un bebé en un carrito, no lo recordaba, qué curioso.

—¿Se te acercó?

—No, en ningún momento, el bebé comenzó a berrear, de lo más escandaloso, y creo que todos nos quedamos en la gloria cuando salió con él. No le dio tiempo a mirar nada.

—Y alguien más, piensa...

—Sí, había un chico, parecía muy callado y estaba mirando la vitrina de los anillos.

—¿Solo mirando o pidió que le sacaran alguno?

—Debió pedirlo, porque le estaban atendiendo y él sostenía uno en la mano, mirándolo con atención.

—¿Tú te detuviste en esa misma vitrina?

—No, no en la misma, pero sí al lado.

—¿Intercambiasteis alguna palabra?

—No, ni siquiera nos saludamos, cada uno estaba a lo suyo.

—¿Viste algo en él que te pusiera en alerta?

—Nada de nada, parecía de lo más normal y su gesto denotaba calma, como si estuviera eligiendo una pieza para un ser querido.

—¿Cuánto tiempo permaneciste a su lado?

—Supongo que un par de minutos, hasta que sucedió lo que me ha traído hasta aquí.

—Explícamelo con pelos y señales.

—Una de las dependientas me indicó que, si sería tan amable de abrir mi bolso y de vaciarme los bolsillos, por lo visto acababa de desaparecer uno de los anillos más caros que tenían.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije que por supuesto, que no tenía el más mínimo inconveniente.

—¿Y ella?

—Ella inspeccionó mi bolso y dio el visto bueno, pero cual no sería mi sorpresa al poner boca abajo los bolsillos de mi abrigo, que me quitó en ese instante, y ver cómo de uno de ellos salía rodando la valiosa sortija.

—Se te quedaría una cara de póker de no te menees, ¿no?

—Imagina, me quedé muerta, sin más.

—Y el chico del que me has hablado, ¿dónde estaba en ese momento?

—Pues ya no lo vi más, supongo que acababa de marcharse.

—Por tanto, ¿existe la posibilidad de que él metiera el anillo en tu bolsillo y saliera andando?

—Hombre, no la hubiera yo contemplado, ¿tú crees?

Capítulo 2



Pasar a disposición judicial no es que fuera el sueño de mi vida. Digamos que no estaba en aquella lista de deseos que escribía cuando era niña en mi diario y compartía con Esther en el tipi indio que tenía en mi dormitorio en aquella época.

—Yo lo que quiero es un novio como el de La Bella Durmiente —me decía ella mientras peinaba a una de mis muñecas.

—Pues yo quiero ser veterinaria, eso es lo que más deseo —le respondía yo con los ojos chispeantes.

—¿Veterinaria? Pero no vas a poder ir muy arreglada a trabajar, lo mismo se te hace un gato pis encima, qué asco.

—A mí no me da asco de eso, no seas boba.

Esther y yo éramos como la noche y el día, pero no podíamos complementarnos mejor. A diferencia de mi hermana Marta, con la que me llevaba a matar, nosotras siempre fuimos uña y carne.

—Tranquila, Bego, que de esta salimos. —Me cogió por el hombro mientras entraba en las dependencias judiciales, hasta donde me había conducido la policía.

Por cierto, que uno de aquellos agentes, viendo que yo tenía el baile de San Vito en las piernas, trató de tranquilizarme.

—Señorita, está usted en las mejores manos, Marino es uno de los abogados más competentes de esta ciudad, si no el que más. Yo diría que es más listo que el hambre, no tema.

No podía evitarlo, claro que temía. Presentarme ante el juez como imputada me parecía de lo más fuerte.

—Ahora ya no se llama así, Begoña, ese término se ha sustituido por el de investigada, que es menos descalificativo —me explicó cuando se lo comenté.

—Algo es algo, cierto que parece indicar un poco menos de culpabilidad, pero no las tengo todas conmigo.

—Tranquila, mujer, que todo va a salir bien, de esto controlo, ¿vale?

—Vale —murmuré sin demasiada decisión y pensando que ojalá que aquel hombre que acababa de entrar en la sala no fuera el juez. Pero no, no lo era, todavía peor...

—¿Él es el juez? —le pregunté con más miedo que vergüenza.

—No, no temas. Es el fiscal.

—Pues mejor me lo pones, entonces, él va a ser el que me va a empapelar y...

Mi frente se perló de unas finas gotas de sudor que hube de borrar con un pañuelo de papel...

—Che, para ya la moto anda, que la función del fiscal no es la de acusar como pueda uno imaginarse a bote pronto, que hace más cosas.

—Sí, ya te lo he dicho, empapelar, enchironar...

De nuevo aquellas incómodas gotas que parecían salir despedidas de mi frente, ahora como si fueran chorros.

—Que no mujer, que él se encarga de velar por los derechos de los ciudadanos, lo que tiene una estrecha vinculación con el esclarecimiento de la verdad...

—Pues ya verás lo bien que vela por los del dueño de la joyería y a mí me van a dar por donde amargan los pepinos, ya lo veo venir.

Hasta me mareé.

—Señorita, ¿está usted bien? —me preguntó el policía que me había estado consolando minutos antes.

—No, no estoy bien. Yo no he hecho nada.

—Eso no hace falta que lo jure, se le ve a usted en la carita esa de buena que tiene. No se preocupe, que a los jueces y a los fiscales lo que les sobra es psicología y eso lo van a notar enseguida.

—¿Usted cree? Porque yo a veces pienso que tengo la negra.

Esther me miraba desde lejos con el pulgar hacia arriba y yo pensaba que maldita la gracia que me hacía su gesto, por mucho que la pobre lo hiciera con la mejor de las intenciones.

—Pero ¿qué dice? Una joven como usted debe estar loca por beberse la vida a sorbos. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinte? Aísss, quién los cogiera, de verdad que debía uno nacer otra vez.

—No, hombre, tengo unos cuantos más. Y ya sé que me va a decir que estoy en la flor de la vida y todo eso, pero que hoy no es el día, vaya...

A nivel personal yo no llevaba una buena época y lo del dichoso hurto iba a ser la gota que colmara el vaso. Por Dios que yo no podía entender lo que había sucedido y, si a eso uníamos que llevaba una epocuita que válgame Dios, pues ya estaba todo explicado.

Si el fiscal me había impactado fuera, no digamos ya dentro. Dada su impresionante altura, en el estrado y con la toga puesta se presentaba ante mí como un ser fantasmagórico. Y es que las ojeras aquellas que me llevaba el hombre tampoco es que ayudaran mucho precisamente.

—Dios, si es más feo que el cochero de Drácula —le dije en voz bajita a Marino y él tuvo que contener la risa.

—Mal empezamos, ni una más de esas, que ahora tenemos que mantener el tipo.

Le costó, le costó, pues vi que al sentarse trataba de evitar mirar al mencionado fiscal, que era feo, feo, más que Picio. Y a él le estaba dando la risa.

Y, como yo me temía, no solo era feo con avaricia, sino que debía llevar acumulando mala leche desde el año de la polca, porque el hombre no nos dio tregua.

Suerte que la juez parecía estar de mucho mejor humor y me dio la posibilidad de explicarme a la perfección.

—Su señoría, sé que las pruebas apuntan en mi contra, pero también estoy segura de que usted habrá visto muchos casos en los que, pese a ser así, la persona era inocente. Yo no voy a hacer aquí un alegato de esos de peli americana, pero le garantizo que no tengo ni la más remota idea de cómo llegó ese anillo a mi bolsillo.

—¿Ni siquiera puede decirnos si alguien se acercó con ánimo de esconderlo allí? Quizás alguien que se vio atrapado y...

—No, no puedo decirle eso porque le estaría mintiendo y yo odio la mentira. Pero piense que, si hubiera tenido intención de esconderlo, incluso me habría intentado deshacer de él antes de que me pillaran o usar cualquier otra argucia para zafarme o...

Mi cabeza iba muy rápido. Pese a que yo no estuviera acostumbrada a desenvolverme en

aquellas situaciones, lo cierto es que siempre había tenido mucha locuacidad a la hora de expresarme y aquel día pude echar mano de ella.

Sin embargo, la penetrante mirada del fiscal, que parecía estarme sentenciando a muerte, jugaba en mi contra.

Finalmente, salí de allí en libertad bajo fianza con la fecha fijada para juicio, que se celebraría unos meses después.

—Crapulilla, estás aquí —le dije a mi amiga, que se encargó del pago de la fianza, cuando por fin salí de la sala.

—Pues claro, ¿quién si no? Tu hermana Marta tampoco está en la ciudad, que esa parece haberle cogido el gusto a lo de estar en Noruega y tu madre y Rodrigo están en Bali. Solo te queda tu hermana postiza, la de siempre.

—Sí, qué verdad es que los amigos son aquella familia que uno escoge, fea —le comenté mientras la abrazaba.

—No te pongas tan intensa que ya sabes que soy de lagrimilla fácil.

—Ya, ya, esta vez te debo una y de las gordas...

—¿Lo dices por Marino? Por cierto, ve, que te está llamando.

—Ven tú también, no tengo esposas ni nada, soy libre como el viento —le dije mientras le enseñaba mis muñecas.

—Marino, ella es Esther, su padre fue quien le recomendó que te llamara.

—Sí, Esther Expósito, la hija de Miguel Expósito, nos conocemos desde niños. Nuestros padres son compañeros y hace años trabajaron juntos en un despacho multidisciplinar, te recuerdo de entonces.

—¿Me recuerdas? —Ella pareció un poco impresionada.

—Sí, mujer, lo que pasa es que tú entonces eras un mico, pero yo sí que me acuerdo.

—¿Un mico? ¿Y qué edad tienes tú ahora?

Otra que se había quedado como la que se tragó el cazo con la edad de Marino, que parecía mucho más joven de lo que en realidad era. Y eso que el tío estaba bien trabajado de gimnasio, súper definido, pero la cara...

—¿A que parece un pipiolo? —le pregunté a mi amiga mientras él entraba a hacer algunas preguntas en la oficina judicial.

—Que me aspen, yo me he quedado loca. Te juro que creí que tenía nuestra edad.

—Mejor así, que al menos con la suya tiene experiencia. No veas cómo se defiende en la sala.

—Muy bien, encima le va la marcha, como dice mi padre de los picapleitos que dan la talla cuando se ponen la toga.

—Sí, ya te digo si da la talla y eso que para talla la del fiscal, que no veas si es grande el tío.

—¿El que entró antes que vosotros? Por Dios si hasta iba encorvado, ¿cuánto medía...?

—Yo no lo sé, pero te garantizo que su estatura es proporcional a las cagaderas que me entraron cuando lo vi enfrente.

—Mi niña, vaya tela... Por cierto, que dice mi madre que hoy comes con nosotros.

—¿De veras me van a seguir admitiendo en tu casa, aunque ahora sea una convicta?

—Bueno, bueno, nos lo pensaremos... Venga, te damos un voto de confianza.

—Qué jodida, quiero que la tierra me trague, tus padres no pensarán que yo he sido capaz de cometer esa fechoría, ¿no?

—¿Tú eres tonta? A mis padres les sobra edad para saber que, a veces, las cosas no son lo que parecen.

—Menos mal —resoplé.

Marino también se acercó para comentarme...

—Begoña, estamos en contacto. Vamos a tener que trabajar bastante tu defensa, pero te digo que al final hacemos relucir la verdad sí o sí.

—Dios te oiga, porque yo no voy a poder vivir con el sambenito de ladrona, desde ya te lo digo.

—Que no mujer, ya verás como todo se soluciona.

Se despidió y se marchó, dándome un ligero apretón en el hombro.

—Te has estremecido, que lo he visto —se burló Esther.

—Mira que no tengo hoy el horno para bollos, déjate de tonterías, ¿cómo me voy a estremecer? Anda que dices unas cosas que vaya.

—Sí, sí, tú píntalo como te dé la gana, ¿cuánto tiempo hace que no estás con un chico?

—Tampoco tanto, el verano pasado, cuando estuvimos en Navafría, ¿te acuerdas?

—Punto número uno, con ese no estuviste, solo te morreaste. Y punto número dos, no fue el verano pasado sino el anterior. No me quieras hacer ver lo blanco negro.

—Vale, vale, que llevo vida monacal, pero que a mí si un tío no me llena del todo, paso. Y el patio está fatal...

—Ya, está fatal y lo sabes por experiencia propia, ¿no? Pero si tú ni siquiera te asomas...

—Esther, no me comas el coco, ¿eh? A ver si ahora va a resultar que el principal problema del día que me han detenido es que no me como un rosco.

—Mujer, es que de algo te tengo que hablar para entretenerte, que con lo ceniza que eres seguro que te estás viendo ya como el mismísimo Al Capone.

Salimos y nos pillamos un taxi. Si una manía tenía Esther en la vida era que no le gustaba conducir. Para gustos, los colores, porque a mí me encantaba.

En cuanto a mí, estaba deseando llegar a mi casa y darme una ducha, pero sabía que me debía a aquellas personas que tantas veces me habían acogido como una más de los suyos. Y encima aquel día acababan de ayudarme a que me librara del gran marrón de mi vida.

Aunque yo no soy de lanzar las campanas al vuelo y de sobra entendía que la librada no era más que la primera batalla de una guerra en la que yo necesitaba demostrar mi inocencia, Marino iba a ser mi mejor herramienta para lograrlo. No sabía lo que habría hecho aquel día sin él... Todo sucede por algo.

Capítulo 3



Llegar a casa de Esther era para mí como hacerlo a mi propia casa. O todavía mejor, porque allí sí que había ese ambiente familiar que yo tanto y tanto echaba de menos.

—Cariño, ¿cómo estás? —me preguntó su madre.

—Estoy, no puedo decirte, Rosalía... como ida. Creo que es así como mejor puedo definirlo.

—Te lo diré yo esposa mía, aquí la criatura debe estar descompuesta porque le ha tocado nada más y nada menos que Ernesto de las Matas como fiscal —añadió su marido.

—Ernesto, ¿ese tan grande y tan feo con cara de estreñido?

—El mismo, ya sabes que es un hueso duro de roer.

Rosalía también trabajaba en los juzgados y allí todos se conocían.

—Sí, desde que ha llegado de Cuenca ha hecho bueno al fiscal Patricio Rodillo, que ese también se las gastaba que daba gusto.

—Buah, con ese nombre no me extraña —añadió Esther, quien ya estaba echando mano a uno de los mejillones que estaba cocinando Rosaura, la mujer que tenían en la cocina de toda la vida.

—Esther, bonita, que luego tu madre me dice que la paella tiene poco color, pero es que tú no dejas títere con cabeza.

—¿Eso te dice mi madre? Ains, qué mujer esta. —Allá que venía ella haciéndome un avioncito con un mejillón con su concha y todo.

—¡¡Dios!! —chillé cuando noté la colisión.

—¿Qué te ha pasado, Bego? Que es un mejillón, no un misil, vaya susto me has dado —se quejó mi amiga.

—¿Tú te has asustado? Yo sí que me he acojonado viva, que me has dado con... Ay, la Virgen, si me has partido una paleta.

—¿Qué dices? Anda ya, que eso no puede ser...

—¿Que no puede ser? ¿Y esto qué es? —Me pasé la lengua por el filo de la paleta, que me había quedado más afilada que un hacha.

—Anda, qué cosa más graciosa, si es verdad, la tienes partida...

—Sí, a mí me hace una gracia loca, no te fastidia... Mira que no paras quieta, ¿eh? Definitivamente, hoy no es mi día.

—A ver, hija —me indicó Rosalía haciéndome abrir la boca como si fuera un caballo...

—Mira, mira, qué dolor, tu hija que es un trasto.

—Venga, venga, perdón, pero que ha sido con mi mejor intención.

—Con tu mejor intención, pero deberías tener más cuidado, ¿o es que no sabes todavía que estoy gafada?

—Y dale Perico al torno con lo del gafe, tú sigue así y al final no te vamos a colocar en ningún lado, mujer. Qué poquita gracia me hace cuando te pones tan tonta.

—Claro, al final eres tú la ofendida, me has partido media boca, pero te voy a tener que pedir disculpas yo —me quejé.

Bien se notaba que allí me trataban como a una más de familia, porque hasta aquellas discusiones eran frecuentes entre mi amiga y yo delante de sus padres.

—Anda, anda, no te quejes más, que después le decimos a mi primo Francis que te dé un repaso.

—¿¿Cómo?? —Me sonó fatal, para qué iba a decir otra cosa.

—Al dentista, mujer, mi primo Francis el dentista, ¿no te acuerdas de él?

—Claro que me acuerdo, pero que estaba pensando que capaz eras de buscarme un plan, así como estoy.

—Sí, te he dejado la boca para un plan. Vamos que coges a uno con los piños así y le haces un respunte en la mismísima...

—Esther, hija... —Su madre la frenó en seco porque mi amiga era capaz de decir la mayor de las barbaridades y quedarse más ancha que pancha.

—Ains, mamá que aquí no hay quien hable, qué aburrimiento.

—Sí, hija, un aburrimiento tremendo, si es llegar tú a casa y formar una revolución.

—Pues nada, me cruzo de brazos y santas pascuas.

Así era Esther, un auténtico torbellino. De niña le habían diagnosticado un cierto grado de hiperactividad y la puñetera es que no paraba. Normalmente, yo la llevaba bien, aunque había días que tenía que hacer acopio de todas mis reservas de energía para no estrangularla. Y aquel iba a resultar ser uno de ellos.

Al igual que yo, Esther trabajaba en una clínica veterinaria de uno de los clientes más importantes de su padre, por lo que ambas estábamos encantadas de la vida en ese sentido. Para mí era un verdadero placer trabajar con mi amiga, siempre y cuando no estuviera en modo rayante total.

—Oye, Esther —le dije mientras me pasaba la punta de la lengua por la paleta que había quedado astillada.

—Dime, ¿ya no quieres asesinarme?

Ambas estábamos poniendo la mesa, mientras sus padres se cambiaban de ropa para comer.

—No, ya se me ha pasado. —Aunque lo que suponía que tardaría más en pasármela sería la llaga que me saldría en la lengua de seguir pasándomela por la paleta.

—Dispara entonces.

—¿Tú crees que Mauricio me pondrá de patitas en la calle si se entera de lo sucedido?

Mauricio era nuestro jefe y esa cuestión sí que me preocupaba sobremedida, pues solo faltaba que la gracia del anillo me hiciera perder también el trabajo.

—Oye, guapita, que en este país hay presunción de inocencia, te lo recuerdo, ¿eh?

—Sí, pero tal cosa te digan, tal corazón te pongan. Y como alguien le vaya con el cuento al jefe de que yo tengo la manita muy larga, igual no le hace ninguna gracia.

—¿Y quién se lo va a decir?

—Pues se me ocurre una que, como se entere de lo sucedido, va a ir a la velocidad del rayo a metérselo por el culo.

—Griselda, ¿no?

—¿Y quién si no?

Sí, la muchachita no podía tener otro nombre que el de Griselda, una de las hermanastras de Cenicienta, aunque esta debía ser todavía mucho más rastrera que el personaje de ficción.

Con Griselda habíamos tenido Esther y yo unos cuantos encontronazos de esos épicos, pues era una trepa de mucho cuidado que no dudaba en que rodaran cabezas con tal de que la suya ascendiera un peldaño.

Un buen ladrillazo en todos los hocicos era lo que le hubiéramos deseado mi amiga y yo en más de una ocasión, pero como la muy desgraciada era novia de Leocadio, el hijo de Mauricio, era poco más o menos que intocable en la empresa.

Griselda y Leocadio, la cosa era de traca. Esther, que derrochaba gracia, a menudo hacía chistes sobre los posibles nombres que esos dos podrían ponerle a sus hijos, pues los suyos ya eran raritos de narices.

—Y el caso es que el hijo del jefe tiene su punto, yo no sé cómo puede estar con la tipa esa — me repitió mi amiga.

—Mira que ya te lo he dicho más de una vez, que para mí que se te van los ojillos detrás de él. Ahora que como Griselda se cosque, los ojillos te los saca, amiga, ten cuidado.

—A mí esa no me toca ni un pelo, hasta ese día iba a vivir. Pero tú ten cuidado, sí, mejor será que no llegue a sus oídos dónde has pasado medio sábado o lo mismo vamos a tener que dar un hartón de explicaciones y yo tampoco tengo ganas.

—Ya ves, la última vez no salimos mal paradas con Mauricio por la amistad que le une a tu padre, pero hay que tener en cuenta que tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe y yo no tengo ganas de gaitas.

—Y yo menos, que no es que ganemos el oro ni el moro, pero para nuestras cosas nos da el trabajo. Y el horario es un chollo, como de funcionarias.

—Sí, de lunes a viernes y a las tres en casita, yo pierdo el curro por culpa de esa y me tiro de los pelos.

—No mientes ruina, anda, que ya vienen por ahí mis padres y no quiero inquietarlos.

Miguel, el padre de mi amiga, estaba delicado del corazón. Una reciente angina de pecho le había debilitado bastante y es que ese hombre ponía el alma y la vida en su trabajo, hasta el punto de que había terminado por tocarle la salud.

—No, no, ya me callo.

Nada me gustaría menos que darles a un disgusto, a ellos, que eran como mis segundos padres y que encima actuaban como si fueran los primeros.

Después del almuerzo y de hacerles un ratito de compañía, Esther y yo nos dirigimos a la consulta de odontología de su primo Francis.

—Oye, loqui, no te he dicho una cosa.

—Cuenta, anda. Si me voy a acojonar, mejor que sea pronto.

—No, tampoco es para tanto, pero que mi primo ha roto con Lucía y lo mismo, ya sabes...

—Bonita, eso me lo podías haber advertido antes y lo mismo me arreglo el piño en otra parte.

—Jo, que tampoco te va a morder el pobre, qué exagerada eres.

—Morder, no, pero hincarme el diente lo mismo sí.

—Ya, bueno, en cualquier caso, suerte tienes de que no tenga la paleta como tú, que atrincas a uno y le haces un zurcido...

—Pero serás... después de que has sido tú la que me la ha dejado de pena, con los nervios esos que te entran.

—Bueno, ya está bien de echarme la culpa de todo, ¿no te parece? Yo solo digo que, si mi primo te propone algo, lo mismo te iría bien desconectar. Y a él también.

—Mira que bien y que pronto, le dijo la tonta al tonto — me burlé de ella porque ya me estaba

sacando de mis casillas...

Llegamos allí y, efectivamente, Francis no tardó en tirarme la caña.

—Oye, prima, ¿cómo has osado tratar de estropear la sonrisa tan preciosa de Begoña?

Conocía a Francis desde hacía años y siempre había estado por mis huesos. En cuanto a mí, no era mi tipo porque consideraba que, igual que por los míos, estaba por los de media ciudad. Para mí que era un picaflor sin remedio, aunque Esther siempre lo defendía, diciendo que la cosa no era para tanto.

—Pues ya ves, que le vi las paletas demasiado perfectas y pensé que un buen mejillonazo le iba a venir de categoría, primo.

—Has cumplido con tu parte del trato, luego pasas y te pago —bromeó.

Capaces eran aquellos dos, por lo que los miré con cara de asesina.

—Tranqui, Bego, que es bromita. Todo ha sido un accidente.

—Sí, pero un accidente que a mí me ha venido de perilla, así puedo invitar a mis dos chicas favoritas a salir esta noche.

—No, no, perdona, yo es que he tenido un día de perros, ni te lo imaginas... Vamos que ni de coña.

—No habrá sido para tanto, que siempre tiendes a exagerar...

—No, no, tú no te lo puedes ni imaginar, Francis...

El “incidente” de la joyería había ocurrido a primera hora de la mañana y habían sido tantas las emociones vividas que aquel sábado me parecía más largo que un día sin pan.

—Venga, prima, dile a tu amiga que se anime. Solo unas copichuelas esta noche...

—No, no —le indiqué con el dedo a Esther antes de que entre aquellos dos mamelucos me la liaran bien liada.

—Me debes una y gorda, tú misma lo dijiste —añadió ella a quien la juerga le encantaba.

—Pero si encima voy a tener la boca anestesiada... Me niego.

—Eso déjalo de mi cuenta, que en unas horitas no solo tienes la paleta perfecta sino la boca como si no hubiera ocurrido nada. Al fin y al cabo, he abierto la clínica solo para ti y también me debes una de esas bien gordas.

Francis era otro que también bailaba. Entre los dos me liaron tela y en pocas horas yo estaba arreglándome para salir. Quien me hubiera visto aquella mañana y me viera aquella noche no se lo creería.

Capítulo 4



Quedé con Esther para cenar. Al final tenía que reconocer que no había sido tan mala idea.

Cuando llegué a mi casa, comprobé que aquel día la soledad que rezumaba hacía que se me cayera encima más que ningún otro.

—Pero una cosa te digo —le advertí en cuanto nos sentamos en el restaurante—, yo a cierta hora me voy para mi camita, que no quiero ni pensar en coger una borrachera hoy. Ya sería el broche de oro del día.

—Tranqui, amiga, que tampoco creo yo que mi primo y sus amigos quieran quedarse hasta la hora de los churros. Unas horitas y ya, para casa...

—¿Unas horitas? Eso tendremos que acotarlo. Y, además, estoy yo como para verme envuelta en un problema, te recuerdo que me han dejado en libertad bajo fianza.

—Sí, sí, yo creo que sobre ti pesa una orden de búsqueda internacional... Anda, no seas boba. Lo tuyo ha sido un susto, pero no va a tener la menor importancia.

—Pues menos mal, porque yo no me he ido para el otro barrio del disgusto de milagro, guapa, que vaya con el diíta de hoy.

—Venga, amiga, por eso te va a venir de escándalo desconectar.

—Pues lo mismo tienes razón. Pero una cosita, ¿quiénes son los amigos de tu primo?

—Ni idea, creo que está saliendo con un grupo nuevo. Sus amigos de siempre parece que se han puesto del lado de su ex y él ha tenido que cambiar de aires.

—Algo le habrá hecho a la muchacha...

—Sí, se la habrá comido, no te fastidia. Lo que pasa es que ella siempre ha ido muy de víctima en todo y ahora con la separación no me lo quiero ni imaginar. Mi primo es un buen tío, te lo digo yo y encima, está mal que yo lo diga, pero tiene unas manos de oro. La boca te la ha dejado que es un primor. Si lo sé te rompo antes la paleta.

—Y si yo lo sé, te rompo antes la jeta completa, guapita. Tiene guasa lo que hay que escuchar.

Eso sí, bromas de mal gusto aparte, yo reconocía que Francis era un profesional de primera y que la paleta me la había dejado mejor que de fábrica. Total, que al final sí le iba a deber una. Y encima, no me había querido cobrar y me había dicho que me pasara la semana siguiente para hacerme una limpieza.

Después de cenar nos dirigimos a toda pastilla al pub en el que habíamos quedado con él y sus amigos. Y digo a toda pastilla porque habíamos ido andando y hacía un frío que pelaba.

Eso sí, el ambiente navideño que imperaba ya en la calle invitaba a disfrutar de él, si bien lo desangelado de la meteorología hizo que actuáramos como si lleváramos un cohete en el culo.

Ateridas de frío, sobre todo por las piernas, donde nuestras delicadas medias apenas nos ofrecían protección bajo los abrigo, entramos en el pub atropelladamente.

—¿Dónde vais, preciosas? —Casi nos damos de cara con Francis.

—Cuidadín, a ver si vamos a tener otro altercado —le dije pensando en que un mal golpe con las prisas, y lo mismo me volvía a quedar una paleta asesina al aire.

—¿Otro altercado más? Pues ya estaría bueno el día de hoy, ya...

Aquella voz la hubiera reconocido ese día entre un millón, pues era al de Marino, mi salvador.

—¿Tú estás como Dios en todas partes? —le pregunté con un resultón mohín.

—No, la que tiene un día de lo más azorado eres tú, pero no voy a decirte que me disguste, con eso te estoy viendo.

—Oye, oye, para el carro, ¿os conocéis? —le preguntó Francis.

—Sí, digamos que esta señorita y yo no es la primera vez que coincidimos hoy. Y hasta ahí te puedo contar. Y también conozco a tu prima de toda la vida, no sabía que eráis familia...

Obvio que el secreto profesional me protegía y que Marino no iba a decir ni media palabra más a sus amigos, porque yo me podía morir de la vergüenza.

Francis le miró enarcando una ceja y, entre ambos, surgió una especie de simpática rivalidad por captar mi atención que pronto se decantó en favor del picapleitos.

Copa por aquí y copa por allá, las horas fueron pasando.

—¿Estás cómoda? —me preguntó a cierta hora de la noche y yo afirmé. Demasiado cómoda para mi gusto, algo estaba pasando en mi interior para que yo no hubiera huido ya en dirección a mi casa.

Esther y yo fuimos al servicio y allí ella se despachó a gusto.

—El abogado tiene un polvo que no veas, ya es casualidad que sea amigo de mi primo.

—¿Casualidad o has vuelto a liar una de las tuyas? Mira que nos conocemos, Esthercita...

—Palabra de que no tenía ni idea. Yo he sido la primera sorprendida al verle. Y a mi primo tampoco creo que le haya hecho ni pizca de gracia ver la forma en la que te mira.

—¿La forma en la que me mira? Tú alucinas, no te creo...

—Claro, yo alucino en colores, pero tengo ojos en la cara. La forma en la que te mira, te lo digo y lo repito. Y la cosa no queda ahí, que a ti también se te cae la baba cuando la ves. Te lo dije al mediodía y lo corroboro ahora.

—Jo, qué lista eres... Bueno, un poquillo sí que me siento atraída por él, pero ¿tú crees que es mutuo?

—Pues claro que es mutuo, almendruca, si el chaval lleva toda la noche intentando que bailes con él.

—Es que tú sabes que a mí me cuesta soltarme a bailar. Luego ya soy imparable, pero al principio es como si me hubieran puesto pegamento en los pies.

—¿Pegamento? Mira no me hagas hablar, anda. Ahora mismo vamos a salir tú y yo y nos vamos a comer la pista. Y si tienes valor, no me sigas, que ya verás la que te lío.

—¿Y tu primo? También me da cosa tontear delante de él.

—Bego, hija, que eres más cumplida que un luto. Qué barbaridad, ya me encargo yo de distraerle. Además, mi primo lleva ya unas cuantas copas y dentro de nada no distingue el atún del betún.

—Tú sabrás, que lleváis la misma sangre...

—Sí, por eso, por eso. Tú déjame que yo sé cómo manejar la situación.

Salimos del baño y Esther comenzó a bailar de esa forma que solo ella sabía, haciéndose con la pista al completo, que en nada estaba pendiente de mi amiga.

Yo seguí sus pasos y Marino no tardó en acercarse.

—En las distancias cortas todavía ganas más y mira que ya es difícil —me susurró en el oído,

pues también tenía unas copas de más...

Bego llamó a un grupo de chicas que parecían un tanto fuera de onda y las puso a todas a bailar con ella como si no hubiera un mañana, alrededor de su primo.

—Asunto solucionado —murmuré mirando el cuadro.

—¿Cómo has dicho? —me preguntó Marino, un tanto asombrado de mi reacción.

—Nada, nada... — Si algo tenía el alcohol, era que me desinhibía, y lo mismo debía estar sucediéndole a él, por cómo me miraba.

No había duda, lejos ya de la relación abogado-cliente que nos había unido por la mañana, Marino y yo éramos dos chicos que, de repente, queríamos sacarle el máximo partido a la noche.

—Por cierto, ¿y tú qué decías antes? —insistí porque me apetecía volver a escucharlo.

—Ya me has escuchado, pillina, que ganas en las distancias cortas...

—Sí, sí que te he escuchado.

— ¿Tú no serás una mentirosilla?

—Si te refieres a lo que hablamos esta mañana, puedes estar totalmente tranquilo. En cuanto a lo que pueda decirte aquí, cada uno que juegue sus cartas. —Me eché a reír...

Si había un día en la vida en el que consideraba que necesitaba desconectar, ese era aquel. No sabía a qué estaba jugando el destino para ponerme esa noche por delante al mismo hombre al que por la mañana me había agarrado como un clavo ardiendo, pero sí sabía que tenía ganas de cualquier cosa menos de soltar ese clavo.

En cuanto a él, también se le veía de lo más a gusto conmigo y en poco tiempo las copas empezaron igualmente a pasarle factura.

—¿Sabes que yo no debería estar contigo aquí? —me preguntó mientras me tomaba por la cintura.

—Imagino, igual que sé que no tienes ni pizca de ganas de soltarme.

—Una chica lista, sin duda. Por cierto, me has dicho esta mañana que eres veterinaria, ¿o es que yo lo he soñado?

—No, no lo has soñado. Soy veterinaria, trabajo en la clínica “Paraíso Animal”.

—¿Y atiendes a perros? —Marino comenzaba a estar ya tan perjudicado como yo.

—Sí, antes solo atendía a abogados, pero ahora también a perros, que han resultado ser más civilizados —me mofé de él.

—Vaya tela, estoy un poco borrachillo, la pregunta ha sido de coña, ¿no?

—De coña total. Pues claro que atiendo a perros, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque tengo que llevar a mi perro, Matías, a que le pongan la vacuna y he pensado que nadie mejor que tú. Quid pro quo, yo te protejo a ti y tú proteges a mi mascota, ¿cómo lo ves?

—¿Me defiendes o me proteges? Porque aquí ya hay un lío de categoría.

—Yo te hago lo que tú quieras, como si te apetece que te baile por bulerías.

—¿Por bulerías? Eso sí que tendrían que verlo mis ojos, no te veo yo a ti dándole a los palos del flamenco, me quedaría flipada.

—Mira que yo puedo ser una cajita de sorpresas, ¿eh? Mi madre es andaluza y, aquí donde ves al tío, por mis venas corre mitad de sangre flamenca.

—¿Flamenca? Imité el andar de las aves que llevan ese nombre y él se echó a reír.

—No, flamencos de esos no, de los de tablao y camisas de lunares.

—Ah, mira tú que saleroso. Pues nada, márcate un bailecito aquí, que te vea yo.

Y casi me hacen los ojos chiribitas, porque el que creí que iba a resultar un espantapájaros total, se marcó un bailecito que hizo que todo el pub acabara jaleándole y tocándole las palmas.

Pues sí que era una cajita de sorpresas el muchacho. Si por la mañana me llegan a decir que el prudente y atento abogado que apareció por comisaría como un pincel se iba a marcar unas bulerías en mi honor en un pub por la noche, me hubiera quedado helada.

Aunque helada me quedé igualmente de vuelta a casa, porque las temperaturas habían descendido considerablemente y mis medias apenas podían evitar que mis piernas se congelaran.

—¿Puede hacer más frío en esta p... ciudad? —pregunté mientras Marino me llevaba cogida por la cintura.

—Si es que no paras, yo quiero darte calor y tú te me escurres como una anguila.

—Es que tengo complejo de Esther, ¿sabes? Ella es un poco hiperactiva.

—No será para tanto, mujer.

—Qué sabrás tú, si me ha roto una paleta con un mejillón al mediodía.

—Lo que yo diga, una mentirosilla, si tienes la paleta perfectamente.

—Eso se lo debo a tu amigo, Francis al que, por cierto, tú no lo sabes, pero le has hecho una buena faena.

—¿Yo le he hecho una faena?

—Sí, pero de las buenas, buenas... Resulta que el chico lleva toda la vida por mí y hoy que por fin accedo a salir, te veo a ti y lo dejo más tirado que una colilla. —Bien borrachilla tenía que estar yo para hacerle semejante confesión.

—No me digas, pues sí que he triunfado.

—Como la Coca-Cola, has triunfado como la Coca-Cola, pero ha sido una vez y se la llevó el gato. Ya no volveremos a vernos si no es por motivos estrictamente profesionales.

Pese a estar borracha como una cuba, algo en mi interior me decía que no era lógico que yo mezclara tanto los términos. Aquel hombre era mi abogado, ¿cómo podía estar liando tanto las cosas?

—De eso nada, yo voy a coger cita en la clínica esa paradisíaca para mi Matías, que él no tiene por qué pagar el pato...

—Anda ya, si seguro que tú como el del chiste, ni tienes perro ni ná...

Capítulo 5



Me equivoqué estrepitosamente, porque a las dos menos cuarto de la tarde del lunes, mi auxiliar, Quima, me indicó que teníamos un bull dog francés que vacunar.

—¿Cómo se llama? —le pregunté porque me gustaba estar familiarizada con el nombre de las mascotas antes de que entrasen a consulta.

—Matías, se llama Matías, ¿no es un nombre cachondísimo para un perro?

Sí que lo era y claro, aquello solo podía venir de otro cachondo mental; su dueño.

—Matías, pasa tú solo y deja al impresentable este de tu dueño en la puerta —le indiqué al perrito mientras le hacía una caricia y comprobaba con regocijo que le había caído bien.

—Muy bonito, ¿así es como saludas a los amigos? —se quejó Marino.

—¿En qué plato hemos comido juntos tú y yo para que ahora seamos amigos? —bromeé recordando que el sábado de madrugada, ya en la puerta de mi casa, esquivé el beso que él iba a depositar en mis labios antes de despedirnos.

—Pues todavía en ninguno, aunque yo estaría dispuesto a comer en cualquiera, así fuera en una celda —bromeé él y yo le indiqué con los ojos que ese tema ni lo mentara.

Quima iba a lo suyo y no se enteraba de nada, pero a mí me recorría un escalofrío por todo el cuerpo solo de pensar que alguien de allí se enterara de que yo estaba pendiente de un juicio por hurto, ¿no era muy fuerte?

De pronto recordé la conversación de la noche anterior, cuando llamé a mi madre por teléfono. Decidí que, por mucho que no me gustara darle más explicaciones de las precisas, el asunto tenía la suficiente entidad como para que lo supieran. De no ser así, lo mismo se pillaba un rebote del quince e iba a ser peor el remedio que la enfermedad.

Aunque para odisea la de contarle lo sucedido por teléfono, pues el sonido de la comunicación era pésimo y me costó la misma vida que me entendiera.

—Mamá, tengo que contarte una cosita, pero no quiero que vayas a poner el grito en el cielo, ¿me oyes?

—Cuando me lo dices así, mal asunto, hija, ¿qué ha pasado?

—Nada que no tenga remedio, pero me he visto envuelta en un asunto un tanto turbio.

—¿Qué dices de turbio, Bego? Que no te escucho.

—Mamá que me he visto envuelta en un hurto.

—¿Qué te has llevado un susto?

—Un susto no, mamá, un hurto...

—¿Un hurto? ¿Cómo puede llevarse una un hurto? Bueno, que un hurto es mangar algo, eso sí, pero...

—Mamá, que me estás volviendo loca, ¿tú estás piripi?

—Mira, pues ahora que lo dices, una copita sí que me he tomado, pero vamos, que tampoco es

para tanto. —Otra que estaba como yo la noche anterior y a mí la resaca tampoco me estaba dejando explicarme demasiado bien.

—Vale, mamá, pues que se ponga Rodrigo entonces.

—Rodrigo, ponte, que Bego tiene que hurtarte una cosa.

—Mamá, contarle, tengo que contarle...

—Bego, hija, como sea, que me estás volviendo majara.

Yo sí que me estaba volviendo majara... Al menos con Rodrigo la comunicación fue más fluida y, para cuando el hombre vino a explicarle a mi madre lo sucedido, ya ella estaba que se salía del pellejo.

El teléfono sonó y ya sabía que, por fin, se había enterado del tomate que se cocía allí.

—Bego, que dice Rodrigo que te han detenido, ¿es eso verdad, hija mía?

—Sí, mamá, pero que estoy libre como el sol cuando amanece, que cantaría Nino Bravo.

—Menos coña, niña, que se me han puesto todos los vellos de punta.

—Mamá, no te preocupes tanto, que solo ha sido un error.

—Bego, prométeme que ha sido eso, un error, y no una manera de llamar la atención sobre nosotros. Ay, Dios mío, si ya se lo estaba diciendo yo a Rodrigo, que no paramos en casa, igual eso te ha afectado demasiado.

—Claro, mamá. ¿No ves que yo tengo ahora quince años? ¿Quieres dejarte de tonterías y disfrutar de la vida?

A mí sí que me afectaba la soledad, por mucho que se lo negase a mi madre para no preocuparla, pero jamás hasta el punto de hacer una soplapollez así para tenerlos a mi lado. Por otro lado, ya me lo estaba tratando y sabía perfectamente que ellos tenían derecho a hacer de su capa un sayo.

—Ya hija, pero igual te encuentras sola, ¿tú quieres que te compremos un perrito?

—Mamá, ya veo bastantes perritos en la clínica, ¿no te parece?

—Sí, es verdad, pero igual uno te haría compañía y...

—No quiero ningún perrito, mamá. Y en el caso de que lo quisiera, hay miles de ellos esperando a ser acogidos en una casa, no fomentaría un negocio con el que no estoy de acuerdo.

—Es verdad, hija, que me lo has explicado mil veces. Es que es para darme un tapabocas, no sé cómo puedo ser tan lerda.

—No te mortifiques, mami, no tiene importancia. Y lo de la detención tampoco. Gracias al padre de Esther tengo al mejor de los abogados defendiéndome, se llama Marino y es un amor.

—Huy, Bego, eso de que es un amor me ha sonado a mí a que te gusta.

—¿Qué dices, mamá? Yo no he dicho eso, es que hay interferencias.

—Sí, sí, pues yo tampoco voy a decir lo que tú vas a escuchar, son las interferencias; pero ten cuidadito con ese abogado, no se vaya a generar un conflicto de intereses...

Y por mucho que me diera tres patadas en la barriga, tenía que reconocer que así era. Marino me hacía chispa, aunque también llegué a plantearme durante el domingo, en pleno dolor de coco resaquero que, con respecto a él lo que me ocurría tuviera que ver con algo así como un síndrome de esos de Estocolmo en los que el secuestrado se queda colgado de su secuestrador.

No, qué leches iba a ser eso, si yo lo que había estado detenida era un ratito de nada. Acabáramos, que una tenía sus conflictos mentales, pero no era una mema ni una cría. Hasta ahí lo tenía claro.

Miré a Marino y sentí que la cosa era mucho más sencilla que esa; el tío se metía por los ojos y eso que yo tenía el paladar muy fino para los chicos.

Quizás era fuera la razón de que, más allá de dos o tres medio novietes a lo largo de los años, ninguno de los cuales fue para tirar cohetes, apenas hubiera conocido todavía las mieles del amor. No de ese amor que te quita el aliento y te roba el sueño.

No quiero decir con esto que fuera una mojigata, ni mucho menos, aunque ahora llevara un largo tiempo sin comerme un colín... A lo que me estoy refiriendo es a que a mí me costaba encontrar a un hombre que me llenara, pero había de reconocer que la personalidad de Marino era para perder el norte, por no hablar de ese físico que Dios le había dado al picapleitos y que era una auténtica locura.

Lo mejor del caso era que, mientras yo pensaba todas aquellas cosas tan agradables sobre él, podía leer en sus ojos que a Marino le ocurría lo mismo. No en vano, le había faltado el tiempo para acudir a la consulta con Matías, cuando de hecho lo que hasta allí le había llevado no corría ninguna prisa.

Es más, fue coger su cartilla veterinaria y llevarme una sorpresa.

—A ver, grandullón, a tu dueño le falta un tornillo, se lo tienes que decir, ¿eh? Te vacunaste hace tres meses, no te toca ahora.

—Pero ¿qué me estás contando? —Se hizo el despistado.

—Lo que oyes, y, además, tú lo sabías, no me vayas a engañar. —Quima había salido de la sala y pude hablar con total tranquilidad.

—Lo mismo algo me olía, pero he pensado que tú verías mejor la cartilla, que con mi graduación a veces la vista me juega malas pasadas.

—Con tu graduación, ¿no? Vamos, que ahora me vas a decir que esos ojillos ven menos que los de un gato de escayola.

—Claro, claro, menos mal las lentillas, que si no... —bromeó.

—Tú tienes un morro que te lo pisas, ¿eh?

—Puede ser, no te lo voy a discutir. Pero también llevo lentillas, ¿eh? Que no me he colado en todo.

—Lentillas llevarás, pero ves mejor que yo como de aquí a La Habana, que observé en el juzgado que mirabas los listados de lejos, caradura, que a mí tampoco se me va una.

—Eso es gracias a mi óptico, si quieres te lo recomiendo....

—No hace falta, pero gracias.

—Por cierto, ¿y tu paleta?

—En su sitio, en su sitio. —Me hice también la despistada.

—Ya lo sé, mujer. Francis me corroboró ayer tu versión, qué fuerte, ¿no te da sensibilidad ni nada?

—Hombre, en el momento sí que me dio sensibilidad e incluso unas ganas de matar a Esther que fueron cosa fina, pero ya luego se me han ido pasando.

—¿Las ganas de matarla? —insistió.

—No, la sensibilidad, de las otras todavía me quedan reservas.

Una conversación para besugos que, sin embargo, ninguno de los dos queríamos que acabara. Se notaba de lejos que estábamos a gusto, e incluso Matías también parecía estarlo.

—Es un ejemplar precioso, hacía tiempo que no veía uno así...

—Sí que lo es, sí.

—Pero no me digas que eres de los que se gastan un pastón en un perro, que me mata el coraje con esas cosas.

—No, mujer, no me gasté nada en él. Cierto que Matías cuenta con un pedigrí excepcional,

pero...

—No como el dueño, ¿ves? Eso de que dueños y perros se parecen no siempre es real.

—Mira que te gusta darme caña, ¿eh?

—Un poco, pero sigue contando, a ver si te perdono por lo de Matías o no.

—¿Tú vas un poco de perdonavidas por el mundo o me lo está pareciendo a mí?

—Tú dale y ya veremos.

—Pues que aquí mi fiel amigo fue el capricho del hijo de una pareja adinerada que luego decidió que lo de jugar a la Play Station era más cómodo, que a esa no había que sacarla a pasear, y el pobre Matías terminó abandonado en una protectora de animales en la que trabaja un amigo mío.

—Mira, una gran labor, por ahí te vas a librar...

—Lo que yo diga, una perdonavidas total la muchachita. Por cierto, que desde entonces trabajo con ellos, mañana por la tarde me acercaré por allí. Resulta que, con esto de que las temperaturas están cayendo en picado, muchos de los animalitos están ateridos de frío, y les vendrá fenomenal que les llevemos unas mantitas con las que calentarse.

—Bueno, bueno, un alma cándida, eso me gusta...

—Claro que sí, ¿por quién me has tomado? No seas tan dura conmigo, que yo estoy de tu parte, ¿lo recuerdas?

—Ya, ya... No en serio, lo de la protectora me parece genial.

—Sí, además mi padre y yo hacemos aportaciones periódicas para que los animales que allí viven tengan unas condiciones de vida más dignas.

—Vaya, vaya, ganando puntos por momentos.

—Mírala, que no para de darme caña. ¿Quieres venir conmigo mañana por la tarde? Hay muchos brabucones allí a los que les gustaría conocerte, están muy ávidos de cariño.

—Te refieres a los de cuatro patas, ¿no?

—Sí, sí, a esos me refiero, listilla, que eres una listilla.

—Bueno, lo mismo me animo y te doy el toque.

—Vale, pues te recojo mañana a las cinco, ¿te va bien?

—Oye que yo todavía no te he dicho que...

—A las cinco entonces, perfecto.

Ni que decir tiene que lo de venir a la consulta había sido la excusa perfecta para volver a verme, porque Matías estaba al día y no necesitaba que le hiciera absolutamente nada. Sin embargo, el que sí parecía requerir algo de mí era su dueño, ¿sería un capricho pasajero o Marino buscaba algo más?

Capítulo 6



Lo que me encontré el martes al mediodía al volver a casa no lo esperaba. Yo llegué con el tiempo justo de almorzar, tumbarme a descansar media horita y correr con Marino a la protectora de animales, pero la sorpresa me la llevé igual...

—¡¡Mamá, habéis venido!! —le di un fortísimo abrazo.

—Pero hija de mi vida, ¿cómo no íbamos a venir? ¿Tú sabes la preocupación que me ha entrado a mí por el cuerpo de saber que mi niña ha estado detenida?

—Ya, mami... No te preocupes, que ya te dije que estoy en buenas manos.

—Sí, sí, las de ese tal Marino, pero que Rodrigo y yo también queremos hablar con él, ¿eh? Ya sabes que a mí estos temas me ponen taquicárdica...

Yo sabía que se refería a la historia de mi padre, que también lo era de mi hermana Marta. Un auténtico acertijo para mí el hecho de que mi madre se hubiera dejado embarazar dos veces por un hombre que pertenecía a un planeta totalmente distinto y opuesto al de ella. Pero supuse que eran cosas que pasaban en la vida y ya está.

Tampoco le había dado más vueltas... Lo peor del caso no es que mi padre fuera un bala perdida, sino que no le hubiera importado lo más mínimo perdernos del todo la pista a mi hermana y a mí.

—Sí, Marino tiene muy buena fama en el gremio.

—Pues dile que tiene que venir a vernos y a explicarnos. Bueno, mejor dicho, que iremos nosotros a su despacho, no nos va a hacer el muchacho una visita a domicilio.

—Pues mira que en un ratito lo tienes en la puerta, que viene a buscarme.

—¿A buscarte para qué? No me digas que tenéis hoy fandango, una comparecencia o algo.

—¿Mami a las cinco de la tarde? No, vamos a una protectora de animales con la que él colabora.

—¿Colabora con una protectora de animales? Entonces te ha dado en el cantito del gusto, hija mía, no sabe él cuánto...

—Ya, ya, mami... pero que no te hagas películas, solo es que hay feeling entre nosotros y tenemos gustos comunes.

—No quiero meterme donde no me llaman —intervino Rodrigo que era un hombre de lo más cabal—, pero te digo que no es normal que un abogado recoja a una cliente a su casa, y mucho menos que vaya con ella de paseo a la protectora de animales...

—Bueno, supongo que tienes razón y que nos estamos haciendo amigos.

—¿Amigos? Mira que eso me escama, ¿eh? —Mi madre volvió a la carga.

En pocos minutos me estaban dando la chapa tela, hasta el punto de que ya no sabía si era buena idea que hubieran vuelto. Bueno, no debía ser desagradecida que, al fin y al cabo, esa era labor de los padres. Y, además, les había faltado el tiempo para volver en cuanto supieron que estaba en

problemas.

—Venga, mamá, no le des más vueltas al asunto.

—No le doy vueltas hija, pero que sepas que nos vas a tener que aguantar por aquí una temporadita, que no nos pensamos mover hasta que todo este asunto acabe y te veas desligada de ese tema tan feo.

—Vale, mamá. —Le di un beso de corazón, pues sí que hacía un tiempo que la estaba echando de menos, y a Rodrigo también, y verme arropada en una situación así iba a suponer para mí un importante empujón.

Y todo ello, habida cuenta de que tampoco Marino parecía dispuesto a dejarme sola, algo que hacía mis delicias, por mucho que yo me negara a reconocerlo en público.

Después de un agradable almuerzo que compartí con mi madre y con Rodrigo, quienes me comentaron que también mi hermana Marta llegaría en breve para pasar la Navidad con nosotros, me vestí y me dispuse a esperar a Marino en la puerta.

Un tanto boquiabierta me quedé cuando, al parar su coche frente a nuestra casa, mi madre y Rodrigo salieron a saludarle.

—Buenas tardes, sabemos que eres el abogado de nuestra hija y mi marido y yo queríamos darte las gracias por lo mucho que la has ayudado en nuestra ausencia —le comentó mi madre en cuanto él se bajó del coche a saludarlos.

—Buenas tardes y encantado de conocerlos. No he hecho más que mi trabajo, ahora es que vamos... Bueno, ya su hija les habrá explicado, parece que tenemos una afición común.

Marino, a diferencia de Francis, no parecía uno de esos hombres que están acostumbrados a lidiar con ese tipo de situaciones, por lo que parecía un tanto cortado por lo que ellos pudieran pensar.

—Lo entendemos perfectamente, no te preocupes. Por cierto, tutéanos y, ¿sería mucho pedirte que una de estas tardes pasaras por aquí para comentarnos cómo va el tema de la niña?

—Mamá, ¿de la niña? —resoplé.

Qué coraje me daba que tomara esa actitud. Bastante niña me sentía yo algunas veces como para también tener que escucharlo de sus labios...

—Buena, hija, es un decir...

—Entiendo, entiendo, ahora voy a tener dos tardes a tope, pero ¿qué os parece el viernes?

—Nos parece genial, ¿verdad, Rodrigo? Y, además, así de paso te invitamos a merendar.

—Mamá, él no os ha dicho que...

—No hay ningún problema, Begoña, ¿el viernes a las seis os viene bien?

—Nos viene genial, ¿te gustan las pastas?

—Me encantan...

Ea, pues ya lo habían concertado ellos todo.

Nos despedimos y pusimos rumbo a la protectora de animales.

—Oye, te veo muy suelto con mi familia, ¿no?

—¿Qué insinúas? Es una merienda de trabajo, ¿no? ¿O es que me he perdido algo? —preguntó entre risas.

—La que creo que se ha perdido algo soy yo, que no sé en qué momento se me ha empezado a ir esto de las manos.

—¿Qué se te ha ido de las manos? —me preguntó mirando como con cierta curiosidad, fingida por supuesto.

—Muy gracioso, yo solo digo que esto no es normal y lo sabes... No te hagas el loco.

—No, no es normal, si tuviera que llevar de paseo a todos mis clientes y currármelo así con ellos, no me iba a resultar rentable lo de ser abogado.

—Lo de ser picapleitos, querrás decir...

—Eso, lo de ser picapleitos, rectifico —bromeó.

Llegamos a la protectora y, si algo saqué en claro allí, fue que Marino era muy querido. Y no solo por las personas, sino por la mayoría de los animalitos que habitaban en aquel lugar y que dieron saltos de alegría al verle.

Normal, teniendo en cuenta que no fueron solo mantas las que llevó, sino todo tipo de golosinas que aquellos recibieron con el máximo de los regocijos.

—Se vuelven locos contigo, es una pasada —le confesé.

—Se vuelven locos con cualquiera que les dé un poco de cariño, no solo conmigo, te lo garantizo.

—Ya, pero no todo el mundo está dispuesto a sacrificar parte de su tiempo libre y de sus energías para echarles una mano, eso seguro que ya lo sabes.

—Sí, lo que pasa es que para mí no es ningún sacrificio, ellos me dan a mí más que yo a ellos, Mira, te voy a presentar a Condesa, no se lo digas a los demás, pero es mi preferida.

Nos acercamos a una perrita, una perfecta mezcla de al saber qué razas porque ni siquiera yo, que si de algo entendía era de animales, acerté a aclararlo.

—Normal, con ese nombre no me extraña que sea tu preferida, para algo pertenece a la nobleza —bromeé mientras ella nos miraba.

—Sí, claro, será eso... Y no que la jodida es una cobista total y me tiene enamorado.

—¿Tú tienes enamorado al bicho este? —le pregunté a la dócil perrita mientras ella me observaba como si estuviera un poco chalada.

—Eh, cuidado con lo que me dices, que al final se me va a quedar lo de “este” —bromeó en relación con que le llamase bicho, un apelativo cariñoso que me salió de dentro.

—Conociéndote me imagino que incluso te habrás planteado llevártela a casa, ¿me equivoco?

—Guárdame el secreto, pero yo me los llevaría a todos. No soporto ver que pasen necesidades, pero te reconozco que, en el caso de Condesa, es que pierdo pie con ella... El problema es que hemos intentado ver qué tal se lleva con Matías y el muy puñetero parece ser él quien ostente el título de conde, porque no soporta que ningún otro le haga sombra.

—Anda, mira qué listo el tío, si ya se dice que de ningún tonto se ha escrito nada, te ha hecho firmar contrato de exclusividad.

—Sí, algo de eso debe haber, porque no permite que ningún otro se me acerque, por eso no le puedo traer cuando vengo aquí, Por eso y porque, para un rato que estoy con ellos, prefiero poder dedicarme a los que necesitan más cariño.

—Tú sigue así que me vas a hacer llorar. Yo hace tiempo que quiero colaborar con alguna entidad de estas y me parece que aquí hacen una buena labor.

—Eso te lo puedo asegurar, ninguna de las personas que colaboran en esta entidad tienen ningún tipo de interés...

—¿Ninguna, ni tú tampoco? —Tiré con bala refiriéndome al interés que él pudiera mostrar hacia mí.

—Bueno, igual alguno sí, pero por cierta señorita esquiva, no por meterse nada en los bolsillos, tú sabes...

Yo iba sabiendo poco a poco, sí, ya nos íbamos conociendo, y lo curioso del asunto era que, cuanto más lo conocía, más quería conocerlo.

Marino era un chico muy especial, de eso no me cabía ya ninguna duda. Un chico que se daba a los demás, generoso de corazón por demás...

Los trabajadores de allí le agradecieron cantidad las mantas y los lotes de medicinas que les entregó. Todo era de calidad, por lo que además calculé que su aportación le daba un buen pellizco en el bolsillo.

Por lo que sabía por Esther, su padre estaba literalmente forrado, y su trayectoria hacía pensar que él iba a seguir sus pasos. Pese a ello, no era el típico abogado engreído empeñado en conducir un coche mucho mejor que el de sus compañeros o en aparentar ser más de lo que realmente era.

Muy al contrario, Marino era un chico muy sencillo que parecía recrearse haciendo el bien allí por donde pasaba.

—No creas que solo coge casos de pago, ¿sabes que también está en el Turno de Oficio para echarle una manita a los más desfavorecidos? —me había contado Esther la noche anterior.

Aquello me casaba perfectamente con lo que veía...

Una idea se me pasó por la cabeza estando allí. Yo llevaba demasiado tiempo mirándome el ombligo y quizás fuera momento de cambiar las cosas.

—Nos vemos el viernes —me comentó Marino cuando llegamos a la puerta de mi casa.

—Tú lo has querido, ahora vas a tener que aguantar a mi madre, yo no quiero quejas, ¿eh? Cada cual tiene que ser consecuente con lo que elige.

—No sabía que hubieran vuelto, me ha sorprendido verles antes.

—Yo tampoco tenía ni idea de que lo harían, me han dado la sorpresa.

—Pues me alegro mucho, es momento de que tengas a los tuyos cerca.

—¿Tengo algo de lo que asustarme? Mira que por lo visto cuento con el mejor abogado en la materia.

—No sé si con el mejor, pero sí con uno que te a defender con uñas y dientes, eso no lo dudes.

—No lo hago —le dije mientras le daba un beso en la mejilla al bajarme del coche.

Por su parte, se llevó la mano a la mejilla como en señal de que, haciéndolo, aquel beso permanecería más tiempo allí.

Entré en casa con la risa boba. A decir verdad, no sabía a qué estábamos jugando, porque lo que no tenía ninguna lógica era que un abogado y su clienta se liaran. No obstante, con el transcurrir de las horas, Marino y yo nos estábamos quedando cada vez más cogidos el uno del otro.

Capítulo 7



Ese fue mi primer pensamiento del miércoles cuando me levanté con una idea fija en la cabeza. “Espero que tengas un precioso día. El viernes nos vemos, guapa”.

Escueto pero significativo fue el mensaje de wasap que me escribió Marino, alegrándome la mañana. Nada como levantarse con el ánimo de saber que alguien está pendiente de ti para sacarte la sonrisa.

—Muy contenta te veo hoy, Bego. —Mi madre andaba revoloteando alrededor del desayuno.

A diferencia de los padres de Esther, mi madre y Rodrigo no querían a nadie en la cocina de casa. Por supuesto que podían pagarlo sin problemas, pero ellos lo consideraban una intromisión en su intimidad, por lo que no aceptaban más ayuda que la de una persona que venía a echar unas horas por la mañana en la limpieza diaria.

—Sí, mami, es que hoy me he levantado con un objetivo y eso anima mucho.

—¿Has tenido alguna noticia más del juzgado? —me preguntó y he de reconocer que me cortó un poco el punto.

—No, tengo que ir a firmar el lunes que viene, ya sabes, cada equis días debo comparecer en la oficina judicial, pero ya está.

—Bueno, bueno, ¿y qué es eso que tanto te anima y que me ibas a contar?

—¡¡Mamá!! ¿Quién te ha dicho que fuera a contarte nada?

Mientras la interrogaba le quité de las manos la tostada con mantequilla y mermelada que se acababa de preparar.

—No me mires con esa cara que esto es lo máximo que soy yo capaz de robar —le dije pensando que era una suerte que, a pocas horas de aquel altercado, ya pudiera hacer bromas sobre él.

—Sí, hija, a ver si pasa pronto, que una está con el corazón en un puño con este tema.

—Tranquila, mamá, que ya verás cómo todo va a salir bien...

Yo no es que las tuviera todas conmigo, pero reconocía que el apoyo de Marino y la convicción con la que él me decía que no debía preocuparme por nada, me estaba haciendo mucho bien.

Aquel día trabajé con más alegría de la habitual y Esther no tardó en reparar en ello.

—Anda que no se nota ni nada que estás ilusionada. —Nos estábamos tomando el café fuera, aprovechando unos escasos rayos de sol que el día nos regalaba.

—No sé, es como si conocer a Marino me hubiera dado fuerzas, a ti no te lo puedo esconder.

—Ni lo intentes, ¿eh? A mí me lo tienes que contar todo, que para eso soy tu hermana postiza. Por cierto, mi madre me ha encargado que te dé esto. —Tenía una bolsa en la mano de la que sacó un regalo envuelto.

—¡Ostras! ¿Es mi cumple y no me he acordado?

—Qué graciosa tú, es que ayer fuimos de compras y no saliste mal parada.

—Ains, mi Rosalía, que es mi segunda madre...

—Ni que lo digas, a veces te defiende tanto que le termino diciendo que te quiere a ti más que a mí.

—Celosilla, si me defiende es porque tú me estás quitando las tiras de pellejo, ¿no?

—Ya sabes que no, feucha, otra cosa es que tengamos nuestros rifirrafes, pero delante de mí no ha nacido quien te ofenda, que lo sepas...

—Lo sé, cariño, lo sé...

—Huy, cariño dice, ¿quién se ha querido morir? Tú estás muy mansa y eso me da que pensar, ¿eh?

—Nada, nada, será el amor ese del que hablas, que amansa a las fieras.

—Eso es la música, Bego...

—Eso será lo que me dé a mí la gana, leches...

Ya me estaba sacando de mis casillas, pero es que lo nuestro funcionaba así. Aunque sacar aquella preciosa bufanda de su papel hizo que la sonrisa aflorara en mi cara.

Varias veces en la mañana miré el reloj, algo que a Quima no se le pasó por alto.

—¿Esperas a alguien, Begoña?

—No, ¿por...? Bueno a varios clientes, claro, que si no iríamos mal...

—Ya, ya, pero que te veo no sé... como distinta.

—¿Distinta? Igual es que he cambiado de perfume —ironicé.

—No, mujer, no sé qué decirte y también un poco nerviosa, como si te trajeras algo importante entre manos.

—Pues chica, no tengo ni la más remota idea de lo que me hablas.

Pero sí que la tenía, y tanto... Yo estaba nerviosa desde la tarde anterior, por lo que fue salir y, sin ni siquiera pasar por casa a almorzar, dirigirme a la protectora de animales.

—Vengo a llevarme a Condesa —le dije a Miriam, una de las chicas que había conocido la tarde anterior.

—¿Qué me dices? La pobre, con eso de que no es de raza, parece que cuenta con menos posibilidades que otros, no sabes lo que me alegra.

Sí, aquella era una buena obra y lo mejor era que me apetecía tela hacerla. Mi madre me había insistido muchas veces en la idea del perrito y yo no había movido un dedo por pura pereza, pero había algo en los ojos de aquella jovencita de dos años que me había impulsado a llevarla a casa.

Agradecimiento en estado puro fue el que detecté en sus ojitos cuando la subí al coche y no digamos ya cuando pasamos por la clínica, donde yo misma le di un baño que la dejó tremendamente relajada.

—Ahora ya estás guapa a rabiar. Te vamos a elegir un collar digno de un miembro de la nobleza como tú y mañana le haremos grabar tu nombre. También necesitamos unos juguetitos, una camita, comida y uno de estos impermeables tan monísimos que ves aquí, que la lluvia amenaza con dejarse caer estos días por aquí.

De esa guisa, impermeable incluido, salimos de allí y me la llevé para casa.

—Pero ¿quién es esta jovencita? —me preguntó mi madre al verme aparecer con ella.

—Tu nieta, ¿tú no dices siempre que tienes ganas de que te demos un nieto? Pues aquí tienes una nieta perruna.

Los ladridos de alegría de Condesa mientras mi madre le hacía carantoñas se escuchaban en toda la casa, y pronto bajó Rodrigo.

—Pero bueno, ¿a qué debemos el honor de esta visita? —preguntó mientras ella movía el rabo

delante de él, loca de alegría, como si lo conociera de toda la vida.

—No es una visita, es un nuevo miembro de la familia, Rodrigo.

—Bueno, pues si es así, habrá que buscarle un lugar en el que esté cómoda.

—Yo creo que aquel rincón es el ideal —indicó mi madre instándome a que soltara su camita en uno de los rincones del enorme y confortable salón de nuestra casa.

—Sí, yo creo que allí va a estar fenomenal. Además, en breve pondremos el árbol de Navidad y lo tendrá cerquita, le dará sombra, ¿no te parece?

—Claro, para mi nieta o mejor, como si se quiere comer todas las bolas, ya compraré otras...

—Tampoco te pases, mamá, no la vamos a malcriar. Además, eso lo dices tú ahora, pero, como de verdad se las coma, te veo poniendo el grito en el cielo, con lo que te gusta tu colección de bolas navideñas.

—Sí que es verdad, me encanta, pero lo que más me gusta del todo es verte feliz, Bego, y yo pienso que esta condesita va a hacerte mucha compañía y te va a venir mejor todavía de lo que piensas.

Quizás tuviera razón. Pero por mi parte no había egoísmo en mi decisión de adoptar a aquella chiquitina, es decir que, más de lo que ella me pudiera dar a mí, yo pensaba en lo que le daría a ella.

Condesa no había tenido muy buena vida, por lo que pude saber por Marino, y me pareció loable darle a un ser tan noble la posibilidad de gozar de una vida no solo digna, sino también feliz. Cierto era que, mientras lo hacía, yo corría “el riesgo” de ser feliz también, pero eso me la traía más al paio.

En cuanto a la visita del viernes por la tarde de Marino, ahí sí que reconozco que estaba expectante. Y no solo por verle, que yo tenía bastantes ganas, sino por darle la sorpresa de que Condesa le esperara detrás de la puerta.

Antes de esa tarde, había recibido varios mensajes de wasap suyos, pero me guardé muy bien de revelar mi secreto.

Cuando la puerta sonó, era como si la chiquitina hubiera olido quién había tras esta, porque se volvió literalmente loca, pegando saltos y llorando para que abriéramos.

—¿¿Condesa?? —preguntó él con los ojos tan abiertos que parecía que le ocupaban media cara al entrar y verla.

Los ojos de Marino no podían ser más expresivos y, además, su color azul, precisamente del mismo tono, marino, fue el que ocasionó que le impusieran ese nombre, como me había contado días antes.

—La misma, que ahora ha subido de rango, pues ya no es condesa, sino reina. La reina de esta casa —le dije como rindiéndole pleitesía a la pequeña que tenía la certeza de que estábamos hablando de ella.

—¡Madre mía! ¿Cómo ha sido esto? Te prometo que me quedo a cuadros... No podía imaginar que tú... que ella... —nos miraba alternativamente y como alucinado.

—Ya, que fuéramos a hacer tan buen equipo, ¿no? Pues mira, no te acostarás sin saber una cosita más —le dije mientras le invitaba a tomar asiento.

Lo acababa de hacer cuando Condesa, de quien no podía decirse precisamente que no partiera peras con él, ya estaba instalada en su regazo.

—Pero chiquitina, ¿qué modales son esos? —le regañé cariñosamente.

—Déjala, por favor, si a mí me encanta. Es la primera vez que puedo disfrutar de ella fuera de la protectora, para mí también ha sido todo un regalo que la hayas adoptado. No podía imaginarlo.

—Oye, pero que yo no lo he hecho por ti, ¿eh? Que lo he hecho por ella. No te vayas a poner tú muy ancho.

—No, no, que ya sé que tú me das un zasca rapidito y me pones en mi sitio.

—Eso es, menos mal que lo sabes...

Mi madre y Rodrigo fueron los siguientes encantados en ver la escena, que era de lo más entrañable.

—Esto es lo menos parecido a una entrevista abogado-cliente que se ha visto en la vida, ¿no?

—les preguntó él mientras sostenía a la pequeña en sus brazos y se levantaba para saludarles.

—Hombre, muy ortodoxo no es que sea, pero cosas más raras se han visto —a Rodrigo se le notaba que le caía fenomenal Marino.

Así como dos horas estuvimos reunidos en casa, durante las cuales él les comentó todos los pormenores de las actuaciones que se habían realizado hasta el momento y de las que quedaban.

Fueron un par de horas tensas porque, a lo largo del día, yo quería hacer como si aquella pesadilla nunca hubiera sucedido, pero luego la realidad se imponía y me recordaba que, por mucho que yo no quisiera, el procedimiento seguía en marcha.

Después de la charla, mi madre, para quitarle un poquillo de hierro al asunto, le hizo a Marino un recorrido por toda la casa.

—No es necesario, mamá —le dije cuando vi que iban a entrar en mi cuarto.

No me sentía demasiado cómoda cuando alguien entraba en él, por mucho que fuese Marino. Y es que mi dormitorio, para mí, era como esa especie de reducto que no me gustaba demasiado compartir con los demás.

No obstante, su reacción me agradó. Al entrar en aquel santuario que suponía para mí, lo hizo con el corazón. Marino observó cada uno de los detalles; fotos, trofeos de tenis de niña, recuerdos varios... con interés e ilusión.

Lo que detecté en él fue querer saber más de la persona que dormía y, en una parte, vivía allí, como si todo aquello le sirviera para obtener una información que considerara valiosa.

—Todo es precioso y desprende mucha paz —me confesó mientras le daba a la palanquita de la cajita de música que yo conservaba como oro en paño desde niña, pues mi madre me contó que mi padre la había comprado para mí.

Yo a aquel hombre no le guardaba rencor. Si no se había vuelto a hacer cargo de Marta y de mí, sus razones tendría. Incluso a veces yo dudaba de si estaría o no vivo... Fuera como fuese, aquella cajita tenía para mí un significado especial y Marino debió entenderlo así. Probablemente lo vería en mis ojos. El caso fue que la cerró con total cuidado y que siguió su ronda por la casa, dirigido por mi madre.

—Bego, yo ya me voy, ha sido un placer y lo de Condesa... eso me ha dejado sin palabras. Y mira que no hay cosa peor que pueda pasarle a un abogado —bromeó un rato después.

—No lo creo, tú debes ser de los que no callan ni debajo de la alcachofa de la ducha...

—Mayormente no, lo que me lleva a hacerte una pregunta, ¿te gustaría cenar conmigo? —Estábamos a solas, despidiéndonos en la puerta y no esperaba su ofrecimiento. O sí, sí lo esperaba, pero no quería hacerme ilusiones por si las moscas.

—Yo... No sabría decirte, me pillas de improviso y con unos pelos...

Disimulé porque me daba corte que se me notaran las muchas ganas que tenía de decirle que sí, que me apetecía mucho que fuéramos a cenar y a tomar una copa. La noche que salimos me lo pasé de muerte y, al lado de Marino, mis penas se esfumaban.

Quizás con eso de “mis penas”, he exagerado un pelín, que mi vida no es que fuera una tragedia

precisamente, pero me refería a lo del procedimiento judicial, que ese sí me tenía con las carnes abiertas.

A una persona que estuviera familiarizada con esos temas no le habría cogido de sopetón, pero, a alguien como a mí, que jamás había roto un plato, el asunto le venía demasiado grande. Suerte que Marino siempre andaba quitándole importancia y yo... Yo prefería creerlo a averiguarlo.

—Mujer, ¿qué dices de pelos? Pero si estás estupenda.

—¿Sí? Bueno, pero es que no sé si debería por Condesa, que todavía se está adaptando a la casa y me da un poco de pena.

—Puedes ponerla como excusa si quieres, pero esa chiquitina está más adaptada que tú y seguro que se queda de mil amores con tus padres. Y si no, le buscamos un novio y que les pongan un plato de spaghetti, tipo “La dama y el vagabundo”. Lo mismo los grabamos y nos hacemos ricos subiéndolo a las redes, ¿no?

—Venga, anda, que tienes recursos para todo, ¿tú tienes que ir a tu casa o ya estás bien? —le pregunté sin pensar demasiado.

—Hombre, muy malote no es que me vea, pero que si no estás de acuerdo voy a que me den una manita de chapa y pintura, preciosa...

Claro que no lo necesitaba. Su guiño de ojo al final de la frase fue el remate. Marino estaba para comérselo con aquel jersey color caldera que tan bien le sentaba a la cara. Unos vaqueros y sus náuticos lo complementaban a la perfección.

Yo elegí un vestido beige de punto que, ceñido a la cintura, me hacía muy buena figura. No tardé en bajar y, para entonces, vi que Marino volvía de la calle con nuestra Condesa, a la que había paseado.

—Pensé que a este angelito le gustaría dar una vuelta mientras que el otro angelito se acicalaba...

—Sí, no me he puesto las alitas porque esa las reservo para las ocasiones.

—No, en serio, estás guapísima.

—¿A que sí? No es porque yo lo diga, pero tengo dos niñas que son dos preciosidades. —Mi madre andaba enredando por ahí y le había escuchado.

—¡¡Mamás!! —me quejé un tanto azorada.

—Hija, a ver si no se va a poder abrir el pico en esta casa. Menos mal que te he llamado guapa, que si te llevo a decir fea...

Nos echamos unas risas mientras ella y Rodrigo nos dieron las bendiciones para que pasáramos una estupenda noche. No entera, se entiende, sino más bien una velada.

Cenamos a base de tapas en un lugar que acababan de abrir y que estaba de bote en bote.

—¿Nos aventuramos a quedarnos o nos vamos a otro sitio? —me preguntó mi chico, de lo más contento que estaba.

—Mejor la aventura, todo tiene muy buena pinta.

No, no era que yo hubiera sido demasiado aventurera en la vida, pero con Marino sí me apetecía ser algo más echada para adelante, hacer cosas nuevas, no agobiarme ante las esperas... En definitiva, todo lo que tuviera que ver con mejorar mi estado de ánimo y gestionar mejor la entrada de aire en mis pulmones.

—Mmmm, una chica aventurera, ¿has hecho alguna vez una vía ferrata?

—¿Una qué?

—No me digas que no sabes lo que es una vía ferrata...

—Pues mucho me temo que no...

—Pues mucho me temo yo que tienes que hacer una conmigo. ¿Te dan miedo las alturas?

—No. —Pensé que las alturas eran una de las pocas cosas que no me daban miedo en ese momento, en el que tan insegura me sentía.

—Pues apúntate una para el domingo. O para mañana, si lo prefieres. Es una manera de escalar sin riesgos, te voy a llevar a unos lugares en los que vas a flipar, te lo prometo.

—Mañana tengo planes para ir de shopping con Esther y mi vida corre peligro si los deshago, pero cuenta con ello el domingo.

Capítulo 8



El fin de semana fue un no parar. La noche del viernes me había recogido a las dos de la mañana, pues después de cenar, Marino y yo fuimos a tomar algo y a echar algún que otro bailecito.

Fue inevitable que, durante el último, nuestras bocas, peligrosamente juntas, se encontraran.

Ambos lo estábamos deseando y lo demostramos al alargar todo lo que pudimos aquella “casualidad”.

—Marino, yo... —murmuré al separarnos.

—No te preocupes, preciosa. Solo dime una cosa, ¿te ha gustado’

—Claro que sí.

—Pues entonces no le busques los tres pies al gato, límitate a disfrutarlo y punto.

Tenía razón y lo que yo necesitaba era relajarme para poder disfrutar de aquel momento como era debido.

Y eso fue lo que hicimos, lo que nos llevó a volver a besarnos apasionadamente en la puerta de mi casa.

—Tengo algo que contarte, Esther —le dije por la mañana mordiéndome el labio inferior.

—Espera que lo adivino. A ver... mordida de labio, eso es que te has besado con el picapleitos.

—Joder, qué nivel.

—Claro, si te hubieras acostado con él, te habrías tapado la cara. Sabes que tengo un máster en lenguaje corporal de Bego.

—Sí que lo tienes puñetera, sí que lo tienes. ¿Y tú qué tal?

—Yo también te tengo un cotilleo, el viernes al salir del trabajo estaba Leocadio en su coche para recoger a Griselda.

—Pues vaya una novedad, ¿tienes fiebre? Si la recoge siempre.

—¿Puedes no interrumpirme y dejarme hablar?

—Venga, perdona.

—Pues que me dijo que si tenía fuego, cuando él sabe perfectamente que no fumo.

—¿Y tú qué hiciste?

—Pues acercarme a su coche, que era lo que estaba deseando. Y yo también...

—Pillina, ya lo sabía yo. Tú no das puntada sin hilo, de modo que seguro que le sacaste partida al acercamiento.

—Un poquito, no te lo voy a negar.

—¿Y eso?

—Eso porque sé leer entre líneas, que en eso tengo hecho otro máster, y te digo yo que esos dos no están tan bien como ella dice.

—¿No? —Me quedé impresionada, eso no lo esperaba.

—Para nada, lo que pasa es que ella es una pamplinosa y no va a reconocer una cosa así en la vida. Pero vamos, que te digo yo que, como a mí se me meta en el moño, a esos les quedan tres telediarios...

—Madre mía, que al final te veo a ti de dueña de la clínica, Esther. Oye una cosa, a mí no se te vaya a ocurrir mirarme por encima del hombro si eso llega a pasar, ¿eh?

—No, mujer, si al final soy la dueña, te pongo de patitas en la calle y santas pascuas, así no tengo que soportarte más.

—Y entonces, palabrita del Niño Jesús, que te monto la competencia en la misma puerta. —Me eché a reír porque los arranques de mi amiga eran la bomba.

Como la bomba era seguirla toda una mañana de compras, tras la cual las dos caímos exhaustas en la mesa de un bar, para recomponernos un poco.

—Y dices que vas a hacer una vía ferrata mañana con él, madre mía y para eso nos habremos hecho nosotras las uñas esta semana. —Se las miró, ella tenía unas manos preciosas y lo del cuidado de las uñas lo llevaba a rajatabla.

—Pues sí, mujer, pero que se hace con guantes, a ver si me imaginas tú a mí asiéndome a los hierros esos así a pelo...

—Yo ya no sé qué pensar, porque la verdad es que estás cambiando a marcha forzada estos días. Será el amor que todo lo puede.

—Mira que si nos emparejamos las dos a la vez, qué bonito. Incluso...

—Quieta que te veo venir, capaz eres de proponer una boda a cuatro. De eso nada, que yo quiero mi día de gloria para mi solita. Bastantes cosas compartimos ya...

—Vale, vale...

Después de comer me quedé en casa descansando un poco.

“No te digo de hacer un plan para esta noche porque mañana vamos a tener el día movidito y estaríamos baldados, pero ¿te hace una peli en mi casa?”

A punto estuve de decirle que sí a Marino, pero sabía que ir a su casa equivalía a meterme en la boca del lobo. Entre nosotros saltaban chispas y a los dos nos sobraba experiencia para saber que un encuentro nocturno así iba a acabar en fuegos artificiales.

“Mejor otro día”

Esa fue mi esquivada respuesta, aunque ya contaba los minutos para verle al día siguiente.

Pasé la tarde con Condesa, que no se separaba de mí. El animalito parecía de lo más agradecido por haberle dado un hogar y yo me sentía de lo más orgullosa y contenta de que así fuera.

También Rodrigo y mi madre estaban encantados con ella. Por primera vez desde hacía muchos años, aquella casa parecía acoger a una familia y eso era algo que me otorgaba paz y serenidad en el momento de mi vida en el que más lo necesitaba.

Pasé la noche con ellos en el sofá viendo una peli y comiendo unas palomitas que Condesa olisqueaba con ojos de deseo.

—Bonita, que tú no puedes comerlas —le decía mientras miraba de reojo al móvil e iba viendo los mensajes de wasap que me ponía Marino.

—Dale una, mujer, que no se puede ser tan estricta. —Mi madre estaba que perdía pie con ella.

—Cómo se nota que es tu nieta, con tus hijas eras más hueso —me quejé para buscarla un poco.

—Mujer, pero es que lo de los nietos es otra cosa, con ellos derrocha uno mimos, ¿para qué están los abuelos si no?

Me fui a dormir relativamente temprano, porque quería estar fresca como una rosa para la

mañana siguiente...

Capítulo 9



—Buenos días, ¿preparada para una de las jornadas más emocionantes de tu vida?

Marino parecía encantado de que compartiéramos esa actividad y yo reconocía que moría de intriga por saber qué se sentía al practicarla y, sobre todo, en tan magnífica compañía.

—Preparada, preparadísima, claro... Otra cosa será si volveré por mi propio pie o con los pies por delante.

—Por tu propio pie, te doy mi palabra de que nada malo te ocurrirá estando conmigo.

Desde luego que caerme de un precipicio no era nada probable, sobre todo porque yo había estado visualizando varios vídeos de vías ferratas y se veía que la actividad era de lo más segura. Otra cosa era que resultaba un tanto impresionante, sobre todo en lo relativo a la parte de los puentes de mono y los puentes tibetanos.

Yo miedo a las alturas no tenía, pero esa parte no sabía hasta qué punto me impresionaría llegado el momento.

Marino me recogió a la hora convenida.

Llegamos al lugar en cuestión y, hasta llegar a la vía ferrata tuvimos que caminar un ratito, durante el cual él me explicó todos los pormenores de cómo sería el ascenso.

—Piensa que es cien por cien seguro, no hace falta más que echarle un vistazo al equipo para comprobarlo —me dijo.

Así era, él me iba enseñando el arnés con los mosquetones y me contaba cuánto peso podía aguantar cada uno de ellos.

—Madre mía, ni que fuera yo la Ramona esa pechugona de la canción, ya veo que aguantan tela.

—Por supuesto y, además, el arnés lleva incorporado un sistema de suspensión de modo que, en caso de caída al vacío, lo harías pausadamente, sin ningún descenso brusco.

—Pero no es probable que nos caigamos, ¿verdad?

—Para nada y, en el peor de los casos, lo dicho... Solo quedarías suspendida en el aire a unos cuantos metros del suelo, nada más...

—¿A unos cuántos o a unos cuántos cientos?

—No, mujer, tampoco exageres.

Llegamos al lugar y me dediqué a seguir atentamente sus instrucciones. Marino me colocó el arnés y todos los mosquetones, tomando las medidas precisas para que aquello fuera de lo más seguro.

—No te preocupes por nada, al principio yo te haré todos los cambios de los mosquetones para que no te estreses.

—No, hombre, ¿eso cómo va a ser? Bastante tienes tú con controlar los tuyos como para encima tener que estar también pendiente de los míos.

—No creas que me cuesta nada, yo estoy acostumbrado a moverme como pez en el agua por la

pared y me da lo mismo echarte un cable.

—En este caso, más que un cable, lo que me tienes que echar es una cuerda.

—Sí, que para cable el que te vas a encontrar en la pared, ¿ves? Es este.

La cosa era muy sencilla, un cable en el lateral, recorriendo toda la pared donde iríamos enganchando uno de los mosquetones. Y una serie de escalones de hierro que sobresalían de esta, a la que ir enganchando el otro.

Así, poco a poco, comenzamos a ascender por la pared.

—¿Cómo te sientes, bonita?

—Bien, muy cómoda.

Para mí, mirar hacia abajo no suponía ningún problema, como tampoco lo suponía ir ascendiendo poco a poco. Y, además, Marino no podía estar más pendiente, quedando colgado incluso de fuera de los escalones para que ascendiéramos al mismo tiempo.

—Ahora vamos a hacer una cosa que es muy satisfactoria, ya lo verás, suéltate de manos —me propuso.

—¿Cómo? —le pregunté pensando si estaba fumado.

—No es nada, ya lo verás. Piensa que estás enganchada y que es imposible que te caigas. Se trata de que recobres fuerzas, quedando suspendida tranquilamente en el aire.

Lo de “tranquilamente” me resultó toda una paradoja porque, si había algo que me intranquilizaba, era esa idea.

—Me da canguete, deja, deja...

—¿Confías en mí? —me preguntó.

—Claro que confío, hombre, pero no me seduce para nada la idea de quedarme colgada, así como un chorizo.

—Ya verás como al final te resulta de lo más relajante y todo.

—Mira que me extraña mucho, ¿eh?

Le hice caso y me solté de manos para poder descansar un poco. Lo cierto es que no tardé ni diez segundos en darle toda la razón. La sensación no podía ser mejor; estaba suspendida en el aire, pero me invadía una paz absoluta.

Hice una mueca como de estar de lo más a gusto y Marino se echó a reír. Su risa se escuchó en todos los rincones del impresionante paraje, resonando con fuerza.

—¿Sabes? Me quedaría aquí semanas, es como una sensación total de...

—De libertad, como una sensación total de libertad, ¿verdad?

—Justo es eso lo que iba a decir. Y como la mía parece que pende de un hilo pues...

—No te preocupes tanto y límitate a disfrutar. Yo he visto tantos casos que después de darle vueltas y vueltas se han resuelto sin problema, que he llegado a la conclusión de que se debe disfrutar más el presente y no hacer tantas cábalas sobre el futuro.

—Bueno, eso es lo que viene a ser un carpe diem de toda la vida de Dios...

—Sí, ¿has visto la peli de “El club de los poetas muertos”?

—Hombre, y tanto que la he visto, y varias veces, es una de mis preferidas, “oh, capitán, mi capitán” —le dije y entonar aquella frase en un entorno tan idílico me hizo sentir más libre todavía.

—Mírala ella qué teatrera...

—Pues claro, ¿por quién me tomas? Una serviría lo mismo para actriz que para cualquier otra cosa que se propusiera.

—Ya lo veo, ya... Bueno pues cuando consideres que estás preparada, le vamos dando otro

poquito...

Ya creía que había pasado la parte más complicada del ascenso cuando él me comunicó que había llegado la dificultad del extraplomado, una zona de la pared que requería de un mayor esfuerzo, suerte que ya era la última.

—¿Cómo andamos de fuerza en los brazos? —me preguntó Marino.

—Buah, pues de eso andamos peor que un conejo de campo anda de papeles, fíjate...

Nuevas risas por su parte y yo con cara de póker por ver cómo íbamos a salir de aquella.

—No te preocupes que lo que haremos será que yo me situaré debajo de ti y te daré un empujoncito.

—Oye, tú cuidadín con los empujoncitos, ¿eh? Que no vaya a ser que aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, me endiñes aquí lo mío y lo de mi prima.

Esa frase era muy de mi amiga Esther, yo se la había escuchado en diversas ocasiones, al decírsela a más de un listillo y me había quedado con la copla.

—Mujer, no fastidies, ¿te imaginas que quisiera aprovecharme de ti aquí en las alturas? No estaría bonito.

—Pues no, no estaría nada bonito, la verdad, así que tú mismo...

Por supuesto que no era aprovecharse de mí lo que pretendía, pues su buen curro que le costó a Marino darme el empujoncito que me elevara hasta el final de la pared.

Fue llegar allí y yo besé el suelo como el Papa.

—No cantes victoria tan rapidito, que quedan un par de puentes y una última escalada, guapa.

—Ay, mamá —suspiré.

—Mira este primero que viene es el que se llama un puente de mono...

—¿No me digas que es porque lo frecuenta la mona Chita? —le dije mirándolo un poco de soslayo porque aquello algo sí que imponía.

—No, es porque si imitas a un monito, así como voy a hacer yo, en un periquete estamos en el otro lado.

Enseguida comprobé que no hacía falta más que seguir sus instrucciones para ver que aquello funcionaba.

La técnica era muy sencilla; poníamos los pies en una especie de cable gordote que había y con las dos manos arriba en otro cable lo pasamos en un pis pas.

—¿A que no te ha dado miedo?

—Qué va. Ahora, que solo ha faltado que nos cantaran lo de “El baile del gorila”. —Gesticulé haciendo como que lo bailaba y él dejó los ojos en blanco mientras sonreía. ¡Vaya cuadro!

—Madre mía —le comenté cuando llegamos al que él llamó el puente tibetano, uno bastante más largo que el anterior que se pasaba con los pies en otro cable gordote y con las manos en sendos cables laterales.

—Yo de ti, este lo pasaríamos cada uno por separado —me aconsejó.

—¿Cómo dices? Nanai de la China, aquí hemos venido juntos y juntos lo vamos a pasar.

—Acabáramos, pues nada, lo que tú digas, pero igual en breve me das la razón. Mira, en ese cartel dice que de uno en uno...

—Sí, pero también dice que aguanta un mogollón de peso al que nosotros no llegamos ni de lejos.

—Ya, pero es que...

—Tira para delante, hombre —le dije mientras Marino comenzaba a recorrerlo.

Pronto comprendí que, nuevamente, llevaba toda la razón.

—Eh, tú, que esto se mueve demasiado —le dije con cara de miedito contenido.

—Ya te lo dije, Bego, que esto tenía una pega, pero no me ha dado tiempo ni de contártela. Con el peso de los dos se mueve bastante, pero no pasa nada. Es totalmente seguro, te lo garantizo.

—Y yo te garantizo que lo que es totalmente seguro es que voy a echar aquí hasta la primera papilla, como te lo estoy contando...

—Mujer, no me digas eso, que me acojonas...

—Pues no haberme traído...

Cuando quise darme cuenta estaba agarrada a él como un pulpo.

—Bego, así no, que va a ser peor, en serio te lo digo. Lo que vamos a hacer es que yo avanzo hasta el final y allí te espero. Y tú vas haciendo lo mismo después, pero a tu ritmo.

—No, no, tú no te mueves de aquí, por la gloria de Pete Sampras. —Me marqué un Chiquito de la Calzada en medio del puente tibetano que llamó a las carcajadas de Marino.

—Yo es que no puedo contigo, no puedo contigo...

—Venga, pues haz un poder, despacito y buena letra, que es para hoy.

Y así, poco a poco fui cogiendo la confianza suficiente para soltarlo y que siguiera avanzando. Yo hice lo propio después y llegamos a la última pared, mucho más sencilla de escalar que la primera, por lo que fue pan comido para mí.

—Toma yaaa, tu primera ferrata superada con éxito, ¿eh?

—Eso parece, ¿nos quedamos ahora un ratito aquí?

—Por supuesto que sí, sería un pecado capital no hacerlo. ¿Sabes? Yo tengo unos cuantos lugares favoritos del mundo, y, a partir de ahora, este será uno de ellos...

La vista desde arriba era inmejorable. Desde allí se divisaba toda la serranía. Marino me indicó que me sentara delante de él y, en aquella posición, disfrutamos de unos minutos de silencio contemplando el panorama en un día que supuso para nosotros un auténtico regalo y en el que la climatología estuvo de nuestra parte.

Pasado un rato, comenzamos el descenso... Lo hicimos cantando, con la tranquilidad de que no había ya ningún peligro. Unos buenos bocatas, que nos tomamos en un lugar aledaño, nos esperaban.

Había también allí una fuente y unos niños que jugaban alegremente en unos columpios. Una escena cotidiana que nos llenó a ambos.

—Tú sabes dónde te estás metiendo, ¿verdad? Te lo digo porque yo no sé vivir sin hacer estas cosas.

Mi sonrisa fue un guiño a lo que él había dicho. Con aquellas sencillas palabras, que pareció dejar caer como si tal cosa, Marino me estaba abriendo la puerta a que tuviéramos algo...

Por mi parte, no deseaba ponerle etiquetas a aquello que ya comenzaba a sentir, pero tenía claro que no deseaba renunciar a vivir días como aquellos. La forma que le daríamos, la diría el tiempo... Pero disfrutar así no tenía precio.

En aquel picapleitos estaba encontrando a una especie de alma gemela que me hacía feliz con cada una de sus propuestas. Al llegar a casa aquella tarde, deseé que pasaran las horas para verle a la mañana siguiente. Eso sí, en un lugar que me satisfacía bastante menos...

Capítulo 10



Aquella mañana me tocaba comparecer en la oficina judicial, por lo que me levanté de un mal humor de perros.

—Gracias, Condesa —le dije mientras acariciaba su cabecita.

Mi malestar llegaba a tanto que me estaban dando arcadas. Todo lo que tuviera que ver con aquel tema era, simple y llanamente, superior a mis fuerzas.

Intenté vomitar, porque sabía que mi maltrecho estómago no me dejaría en paz hasta que no echara lo que quiera que fuese que todavía me quedara dentro.

Me sentía fatal y más por ver la carita que ponía Condesa al ver que yo no estaba bien.

—No te preocupes, preciosa, es solo que esta mañana tengo que hacer una cosa que no me gusta nada, nada, pero ya luego estaré mucho mejor.

Al decírselo, moví la cabeza de lado a lado. Y lo más cómico fue que ella imitó el movimiento.

No logré vomitar y, con la cara blanca como la pared, bajé a desayunar.

—Buenos días, Begoña, ¿asustada? —me preguntó Rodrigo, al que cada vez sentía también más cercano.

—Un poco impresionada, es que no son trámites que gusten.

—Ya, lo entiendo perfectamente. Mira, ¿sabes lo que yo suelo hacer en estos casos?

—¿Tú has estado alguna vez detenido? —le pregunté con cierta ironía y enseguida comprendí que me había pasado tres pueblos.

—Obvio que no, pero sí en muchas situaciones bastante desagradables en la vida, eso te lo puedo garantizar.

—Ya, ya, lo entiendo. Perdona si he sido un poco borde.

—No te preocupes, yo de ti me quedaría con alguno de los recuerdos buenos de algo que te haya sucedido en los últimos tiempos y lo recordaré, ya verás lo bien que funciona.

Inspiré y me dispuse a comprobarlo. Recordé el momento en el que Marino me dijo que me soltara de manos el día anterior, en plena pared, y entonces...

Sí, se obró el milagro, la sonrisa me invadió y me sentí enormemente feliz. Incluso Condesa se dio cuenta y ladró de alegría, moviendo su rabo.

Ya en el trabajo, me encontré con Esther.

—Loqui, muy feliz te veo yo, ¿qué ha pasado? —le pregunté.

—Nada, que te digo yo que Leocadio quiere tema conmigo, lo estoy viendo de lejos. Otra vez que me acaba de dar palique después de dejar a Griselda.

—Ella sí que lo va a dejar a él como se entere del pasteleo que os traéis, pero sin pelos lo va a dejar. Y de paso, a ti.

—A ver si tiene valor, que hasta entonces no se va a enterar de quién es Esther Expósito.

—Bueno, lo mismo hay suerte y la llaman para grabar “La Cenicienta”, así nos la quitamos de

encima.

—No caerá esa breva, pero que me da a mí que yo a esta me la quito en breve, fijate...

—Pues mira que tu intuición no suele fallarte, Esthercita. Saca la bola de cristal, anda. ¿Y a mí cómo me ves?

—Pues mira hoy un poco preocupada, no te voy a mentir.

—Tontuela, digo que cómo me ves en un tiempo.

—Ah, eso, pues ¿cómo te voy a ver? Casada con Marino y con un montón de churumbeles alrededor, lo vuestro no va a tener remedio, mucho me temo.

—Mira que eres loca, con un montón de churumbeles dices, qué barbaridad.

—Sí, barbaridad, ya lo veremos. Y con un montón de perros rollo “101 dálmatas”.

—Claro, total que ya solo nos faltaría Cruela de Vil para que el pastel estuviera completo.

—Exacto, lo que pasa es que ya estamos servidos con la hermanastra de Cenicienta, no sé si cabrá nadie más en el reparto.

A decir verdad, Griselda nos daba un juego extraordinario a mi amiga y a mí. Aquella chica, que parecía guardar toda la maldad del mundo para ella, nos había hecho jugarretas de todos los colores, por lo que en cierto modo yo entendía que Esther tuviera ganas de darle morcillas, robándole el novio.

Aunque yo soy de la teoría de que nadie le roba la pareja a nadie ni nada parecido, sino que si una persona se va con otra es porque no aguanta ya a quien tiene al lado. Y eso le debía pasar a Leocadio, ya que nunca entendimos que ese muchacho se emparejara con aquella bruja.

La mañana iba a ser de locos. Yo había quedado con Marino a las doce, él me acompañaría a la comparecencia. Por esa razón, el viernes habíamos concentrado todas mis visitas de esa mañana hasta esa hora, ya que yo no tenía muy claro si después me daría tiempo a volver o no.

—Sí, mujer, que eso es pura rutina y va a ser muy rápido —me dijo él.

—Ya, pero Mauricio es un poco ogro como jefe y lo último que quiero es tener problemas con él, ¿lo entiendes?

—¿Un poco ogro? Explícate.

—Bueno, tampoco tanto, pero que con el tema de los clientes es muy exigente y yo no quiero tener problemas, no vaya a ser que le dé por indagar y entonces la cague por completo.

—Entonces, hazlo como quieras. Total, qué puede pasar, todo lo más que una vez que acabemos en el juzgado, ya estés libre y yo me vea obligado a invitarte a comer.

—A ti no se te va una, ¿eh?

—Una me da igual que se me vaya, la que no quiero que pase de largo eres tú.

Yo no podía sino sentirme halagada por sus palabras. Siempre ocurría igual, Marino tenía la palabra exacta en la boca, aquella que yo deseaba escuchar.

Lo peor fue que el último cliente de la mañana era Antonio Díaz, un hombre gracioso pero pesado donde los hubiera que no parecía dispuesto a moverse de mi consulta.

—Pues yo te digo que mi Conan está más delgado, Begoña.

—Pero Antonio, si sigue de lo más hermoso, te lo he dicho una y mil veces, no le estás haciendo ningún favor dándole de comer cada vez que te lo pide, pero tú mismo.

—Mujer, un poquito nada más, y mira el tipo que tiene, que tampoco es que esté obeso mi perro.

—Obeso todavía no, pero le falta el canto de un duro.

—Bueno, con eso se parece a su dueño.

Se puso de perfil y me enseñó lo que para él era su curvita de la felicidad, una barriga prominente.

—No me hagas reír, anda, que no tiene ninguna gracia. Luego van a llegar los problemas para el pobre Conan y con ellos tus lamentaciones. Y a mí no me vengas después con monsergas, ¿eh? Que te voy a poner fino.

—Sí, pues para ponerme a mí fino vas a necesitar a la virgen de Lourdes, muchacha, ¿o es que no te has fijado?

Antonio fue uno de mis primeros clientes y yo tenía que reírme con él quisiera o no quisiera, pero aquel día me vino especialmente bien, aunque el problema fue que no tenía prisa y me estaba tratando de entretener más de lo que me convenía.

—Antonio, te tengo que dejar, que he de ir a un sitio —le expliqué.

—Mujer, cualquiera diría que te persigue la justicia, leñe, que ya me lo has dicho tres veces.

—¿La justicia? No, hombre, qué arte... Es solo que tengo unas gestiones que hacer.

También era casualidad, el tío había dado en la diana, me reí pensándolo mientras recogía.

A renglón seguido, cogí mi bolso, resoplé y me marché. Iba justo saliendo por la puerta cuando vi marcharse a un chaval cuya cara me resultaba conocida.

Me daba tela de coraje cuando me pasaba aquello, que era muy a menudo. Y con el estrés que solía llevar encima en los últimos días, todavía más. Me daba de bruces con alguien, o incluso alguna persona me saludaba, y luego era incapaz de ubicarla.

Pensé que ya me acordaría de quién era. Probablemente algún cliente con el que todavía no estuviera demasiado familiarizada que se hubiera acercado para coger cita para su mascota, sería simplemente eso. O quizás para comprarle cualquier cosita.

Eso me hizo recordar que mi Condesa precisaba de nuevos huesos para entretenerse al tiempo que le limpiaran sus dientecitos, que los tenía perfectos y de paso ya cogí también algunos para Matías.

Entre pitos y flautas, salí de allí con un arsenal de chuches para perros que le dejé convenientemente a Griselda, que me miró con cara de perra, con perdón por la parte que le toca a los de cuatro patas.

Me encontré con Matías en la puerta del juzgado y vio que mi bolso iba más cargado de lo habitual.

—¿Tú sabes que ahora tienes que pasar eso por la cinta? No me digas que traes una plancha dentro, o peor aún, una pistola.

—No, traigo un montón de huesos, algunos para Matías que los de él son más grandes que los de Condesa.

—Normal, con el cabezón que tiene el tío...

—No seas malo, ¿eh? Que me cabreo. Para cabezón el tuyo.

—Eso me encanta, ¿y por qué no quedamos con ellos y se los das tú?

—Vale, además así te voy a demostrar que yo lograré que se lleven bien.

—Por Condesa no hay problema, que esa más noble, pero por la parte del sibarita de Matías, la cosa se complica.

—Tú déjalo en mi mano, que ya verás que no...

—Si tú lo dices, por mí encantado, ¿eh? Podemos quedar esta tarde.

—¿Esta tarde? No sé, es que...

—¿Excusas?

—No, no es eso. Es que mi madre y Rodrigo me han pedido ayuda para decorar la casa de Navidad. Y me da cosa, ya me he comprometido.

—Entonces no he dicho nada, tranquila, de veras.

—Se me ocurre que también podrías venir y nos echas una manita, si es que te apetece —le sugerí e incluso me hice un mohín a mí misma, ya que no me esperaba diciendo algo así.

—Pero es una cuestión familiar, lo mismo a ellos no les hace gracia.

—¿Excusas? —le devolví la pelota como él había hecho conmigo momentos antes.

—En absoluto, te lo garantizo. De hecho, me encantaría.

—Pues entonces no se diga más, esta tarde quedamos a las seis.

—Perfecto, siempre y cuando tú mañana me acompañes a la protectora de animales.

—Hecho.

Mi hermana Marta llegaba ese viernes y ellos deseaban que todo estuviera decorado para recibirla. Había ido a pasar una temporadita a Noruega y al final se había instalado allí temporalmente.

Aunque por un lado estaba deseando verla y saber que su estancia en aquel país le había sentado bien; por otro lado, le estaba temiendo más que a un vendaval, porque mi hermana y yo jamás nos habíamos llevado bien.

Pensar en que Marino nos ayudara a decorar el árbol y el resto de la casa me ayudó a pasar el trance amargo de comparecer en el juzgado.

—¿Ves como no era nada? Te dije que en un momentito estaríamos fuera y yo siempre cumplo mis promesas.

—Sí, sí, tenías razón —le contesté.

Fue entonces cuando reparé en que el mismo muchacho que vi un rato antes en la clínica y que me resultó conocido estaba también allí, inmóvil, en uno de los pasillos.

Cuando cayó en que me quedé mirándolo, su reacción fue un tanto extraña, al girar sobre sus talones y apretar tanto el paso que no tardó en esfumarse.

—Esa cara, ¿dónde la he visto antes? —murmuré en alto.

—¿De qué cara hablas?

—Espera un momento que hago memoria, es que me raya cantidad cuando no caigo en algo así.

—Que me aspen si te estoy entendiendo bonita, ¿de qué demonios hablas?

—No, un demonio no es, es un chico y lo tengo aquí, en la punta de la lengua. —Saqué la mía y él se rio.

—Yo ahí no veo absolutamente a nadie, pero métela, porfi, que me están dando tentaciones de besarte y aquí no es plan, sobre todo porque eres mi cliente.

—¡Marino! Ya caigo, joder, no puede ser...

—¿Qué no puede ser, Bego?

—Ese chico, el chico que nos estaba mirando y que se ha ido volando cuando me he percatado... ¡Es el chico que estaba a mi lado en la joyería el día que me detuvieron!

Capítulo 11



No sabía que Marino tuviera dotes de atleta, pero aquel día lo comprobé.

—¡Maldita sea! No he podido pillarlo, pero al menos sí verlo. Sé quién es ese chico.

—¿Qué dices? ¿Con lo grande que es esta ciudad? No me lo explico, ¿qué clase de extraña casualidad es esa, chico?

—No, no es ninguna casualidad, es que la ciudad será todo lo grande que tú quieras, pero hay cosas que nunca cambian, como las caras de los raterillos más conocidos.

—¿En serio? ¿El chaval es un mangante? Madre mía, entonces blanco y en vasija... Asunto resuelto.

—No tan rápido, porque ahora hay que probarlo. Ese es el problema de los juzgados, que tienen la extraña manía de que las cosas hay que probarlas —se burló de mí para quitarle un poco de tensión al momento.

—Pero es que hay más... No te lo vas a creer, me he rayado tanto al verle porque ese chaval estaba hace un rato en la clínica, justo cuando yo salía.

—¿Sí? Ya eso me parece rizar el rizo, ¿tú estás segura de lo que estás diciendo?

—Tan segura como de que ahora mismo es de día. Salió de allí instantes antes que yo.

—Todo esto me parece demasiada casualidad, yo soy de los que piensan que las casualidades no existen.

—E igual una sí, ¿pero dos?

—Dos va a ser ya más complicado, sí, y seguidas... ¿Sabes qué pudo ir a hacer a la clínica?

—Ni idea, le tomé por un cliente. Lo mismo sí que tiene un perro y...

—Tendremos que investigar sobre ello, te digo yo que aquí tenemos un hilo del que tirar...

—Vale, como si hay que contratar a un detective privado o algo, que a mí no me importaría.

—Tú déjalo en mis manos, ya veremos lo que hacemos...

Después de almorzar, tiempo durante el cual estuvimos hablando de la cuestión, nos fuimos a mi casa. Antes recogimos a Matías en la suya.

—Yo no sé si esta va a ser buena idea, te lo repito, lo mismo arman un buen rifirrafe los dos en el salón de tus padres.

—Se guardarán muy bien, que no sabes tú lo sargentona que soy yo.

—Así me gustan a mí las mujeres, con carácter...

—Bueno, bueno, que ya estamos llegando, vamos a tener la fiesta en paz.

Cuando Marino me decía alguna cosa así, el rubor de mis mejillas alcanzaba tonos insospechados para mí, por lo que prefería correr un tupido velo sobre la cuestión.

Llegamos a mi casa y mi madre salió a recibirnos.

—Pero ¿quién es este muchachito tan guapo y tan formal? —le preguntó a Matías.

—En lo de guapo no te voy a quitar la razón, pero en lo tocante a lo de formal, ahí mejor me

reservo mi opinión. —Marino estaba un tanto reticente.

—¿Qué dices tú, hombre? —Rodrigo se dirigió cariñosamente a Matías también.

Viendo la escena, concluí que allí se estaba obrando una especie de milagro de Navidad. Hacía mucho tiempo que en mi casa no se respiraba un ambiente así, con todos juntos y con unas fechas tan entrañables por delante... Lástima que yo tuviera entre manos aquel asunto tan feo, porque por lo demás estaba encantada de la vida.

Claro que aquel asunto tan feo, precisamente, era el que les había preocupado a ellos, haciendo que ahora estuvieran en casa, y el que me había llevado a conocer a Marino, por el que cada día sentía un poquito más.

De no haber sido por todo aquello, probablemente yo seguiría sintiéndome sola, por lo que al final iba a tener hasta que agradecer al universo que hubiera ocurrido aquel suceso tan extraño por el que me estaba devanando los huesos.

Y ese día mucho más, ¿por qué aquel muchacho parecía estar siguiendo mi estela durante toda la mañana?

No podía entenderlo. Si se trataba de un raterillo y lo único que pretendía era robar el anillo, ¿a santo de qué vigilaba ahora mis pasos cuando ya había logrado dejarme a mí el marrón completo?

Sí, el marrón completo porque aquello no podía calificarse de otro modo. En fin, que tocaba seguir para delante sin mirar demasiado atrás.

—Marino, en esta casa es tradición tomar un chupito de anís mientras la decoramos para la Navidad, ¿te hace? —le ofreció mi madre.

—Por supuesto que me hace, además, os estoy muy agradecido por permitirme compartir este momento con vosotros.

—¿Agradecido dices, chaval? Vas a flipar cuando veas la cantidad de cajas que hay que bajar de las estanterías del sótano. No es por nada, pero a mí me has venido de perilla. —Rodrigo sí que estaba encantado.

—Pues si es así, fenomenal. Cargar no se me da mal, ¿por dónde empezamos?

—Primero por el brindis —les sugerí.

—¡Por supuesto! —mi madre ya estaba con los chupitos y la botella en la mano.

—¡Salud! —exclamamos todos al unísono.

—Y un poquillo de libertad también —suspíré yo y todos se rieron.

—¿Puedo dejarte aquí, muchachote? Espero que no me hagas quedar mal —le preguntó Marino a Matías y a este solo le faltó contestarle con palabras.

Mientras ellos bajaban al sótano y nosotras recogíamos los chupitos, escuchamos un estruendo que proveía del salón.

Salí a la carrera y me encontré a Matías tirando del cojín preferido de Rodrigo, con el que Condesa solía jugar.

—¡¡No, grandullón, no!! —le chillé y, al tirar de él, lo único que logré fue que lo hiciera jirones con su impresionante dentadura.

Marino llegó a la carrera y le profirió unos cuantos gritos a Matías, al que pretendía castigar.

—Te ha bastado con que Condesa estuviera jugando con él para meter la pata, ¿eh? Te aseguro que te has quedado sin los huesos que ha traído Bego para ti. —Le retiró el que tenía en el suelo.

Matías puso cara de bueno y, para nuestra sorpresa, Condesa tuvo un precioso gesto, al darle una patada al suyo con la patita, acercándosele.

—¿Le das el tuyo, cariño? —La acaricié, pues su gesto me conmovió por completo.

—Qué arte, no me lo puedo creer, pero ni de coña —le dijo Marino acariciándola también.

—¿Lo ves, Matías? Condesa es buena contigo. No hay ningún motivo por el que debas tenerle esa manía que le tienes a la pobre, eres un perrito muy fastidioso y al final te quedas sin las cosas por tu manera de ser.

Matías parecía haber tomado buena nota del asunto, porque finalmente, miró a Condesa y le devolvió su hueso.

Para mayor diversión, ella se lo volvió a dar a él y así sucesivamente.

—Míralos, si parece que están jugando al ping pong con el hueso, qué monos. —Mi madre presenciaba la escena, solo le faltaba comer pipas, lo mismo que a Rodrigo.

—Ea, pues otro milagro más de Navidad, ya verás como a partir de ahora los dos se van a llevar bien, te dije que lo iba a lograr. —Le guiñé el ojo a Marino.

—Oye, yo no es por nada, pero creo que ha sido Condesa la que lo ha hecho, caradura.

—No me quites méritos, ¿eh? No me quites méritos, porque hasta entonces no vas a saber tú quién es Begoña Cifuentes, te lo advierto.

—Bueno, bueno, pero no vendas la piel del oso antes de cazarlo, que este grandullón todavía nos da dos o tres disgustos más y se queda en la gloria.

—No, ya verás cómo lo metemos en cintura, que no es tan fiero el león como lo pintan.

—No, si un león no es, pero sí se cree el rey, aunque no sea de la selva. Un poco engreído sí que me ha salido el mozo.

El resto de la tarde la pasamos colocando adornos a diestro y siniestro. Marino se reveló como un decorador nato y nos dio muchas bonitas ideas que llevamos a cabo entre todos.

En un momento dado, hicimos una videoconferencia con mi hermana Marta y, aunque un poco de mala gana porque a ella nunca le caían bien mis novios, hice las presentaciones.

—Marta, este es Marino. Es... bueno mi abogado y... —Me eché a reír porque me resultaba un tanto surrealista.

Claro que era mi abogado, pero también mucho más.

—¿Tu abogado? ¿Qué dices? —Marta no estaba al tanto de lo sucedido, pues así lo había preferido yo.

—Es una historia un tanto larga de contar...

—¿Y se puede saber qué hace tu abogado colgando bolas en el árbol? Anda, la leche, cualquiera os entiende.

—Bueno es que también...

—Ah, vale, ya lo pillo, que tienes un rollete con él. Pues mira, eso me allana el camino porque yo también iré a casa con Axel, mi chico.

Acabáramos, era la primera vez en la vida que Marta nos iba a presentar a un novio. La cosa había llegado a tanto, que años antes me planteé que mi hermana pudiera ser lesbiana, por aquello de lo extremadamente reservada que era con todo lo concerniente a su vida privada.

Después comprobé que no, que es que ella era más rara que un perro verde y que no le gustaba compartir sus intimidades con la familia. Con esos antecedentes, o mucho había cambiado mi hermanita, o realmente aquel chico le había tocado la patata de verdad.

Fuera como fuese, yo lo agradecí al cielo, porque el carácter de Marta necesitaba de un buen edulcorante y quizás el tal Axel lo fuera.

Nos hizo gracia que, en un momento dado de la conversación, su chico apareció también por detrás de la pantalla.

Mi hermana no lo esperaba y, en principio, le hizo un gesto de contrariedad, pero bastó con que él le sonriera para que se le pasara por completo.

—Ah, y otra cosita os voy a decir, también viajaremos con un nuevo miembro de la familia...
Mi madre y yo nos miramos porque aquello sí que era un auténtico bombazo, ¿estaba Marta embarazada?

—Hija mía, pero ¿cómo no nos has dicho nada? —Una lagrimilla salió de sus ojos.

—Mamá, porque pensé que era mejor daros la sorpresa y aparecer con Lucy, pero ahora de repente me ha apetecido soltarlo.

—¿Lucy? ¿Quién es Lucy?

—Esta preciosidad que me ha regalado Axel, mami...

Marta la cogió en brazos y nos enseñó al chihuahua blanco más bonito que yo había visto en mi vida.

—Ay, por Dios, que es para comérsela... —murmuré ya pasado el susto.

—¿A que no lo esperabas, hermanita?

—No, y otra cosa te digo, tú tampoco vas a esperar esto... Condesa ven, por favor. Condesa apareció volando y pareció sonreírle a mi hermana y a Lucy.

—Por favor, qué cosa más graciosa, ¿es tuya, Bego?

—Claro, es la prima de Lucy —le respondí riendo.

Y eso no fue todo porque Matías no quiso ser menos y llegó también corriendo y ladrando a la pantalla.

—Por el amor de Dios, ¿qué es esto? ¿Estoy telefoneando a casa o a tu clínica veterinaria, Bego?

—A casa, a casa. Este fortachón es Matías.

—¿Y quién se supone que es Matías? ¿Otro sobrino postizo?

—Según lo mires igual un poco sí —le soltó Marino.

—No le hagas caso, que es muy chistoso, Matías es de Marino.

—Bueno, bueno, pues sí que os lo pasáis bien, menuda fiesta tenéis montada, ya estoy deseando que llegue el viernes.

Marta colgó y mi madre y yo concluimos que no sabíamos si era el emparejamiento con Axel o la “maternidad” de Lucy, pero que mi hermana estaba desconocida era un hecho.

Normalmente, no solo no se hubiera prestado a una videoconferencia, sino que habría hablado por teléfono lo justo y necesario. Sin embargo, aquella tarde, nos costó que colgara. Por lo que estábamos viendo, tenía muchas ganas de volver a casa.

Eso sí, una vez que lo hiciera, la algarabía de nietos perrunos estaba garantizada. Menos mal que a mi madre y a Rodrigo les encantaban, porque de no ser así nos hubieran dicho a todos que carretera y manta...

Capítulo 12



—Buenos días a los dos —mi madre y Rodrigo ya estaban desayunando cuando bajé.

—No hace falta que te preguntemos nada, bien se ve que ya estás de mejor humor, hija.

—Sí, la tarde de ayer fue estupenda, ¿sabéis lo que os digo? Que estoy muy contenta de teneros en casa estos días.

Estoy segura de que si Luis, mi coach, me hubiera escuchado, me habría tocado las palmas. Pero como no estaba, me las toqué yo sola...

—Hija, qué salerosa, no sabía que mi niña era tan flamenca.

—Claro, mami, como la del wasap. —Mi humor era inmejorable.

—Si te ve Marino así, seguro que se dobla de la risa, con lo formal que parece el chaval.

—Que te lo has creído tú, mami, ¿a qué no te imaginas a tu yerno bailando por bulerías?

—¿Por bulerías? Desde luego que no, vamos, ni en sueños...

—Pues que sepas que no solo las baila, sino que es rechulo el tío...

—¿En serio me lo dices? Mira que es lo último que hubiera pensado en el mundo.

—Ya lo sé, ya... Pero es que ese chico no para nunca de sorprender, mami, te lo digo yo, que ya lo voy conociendo.

—Pues a mí me cae fenomenal. —Rodrigo no escondía que le gustaba mucho Marino para mí.

—Sí, sí, si lo cortés no quita lo valiente pero que, que es sorprendente es sorprendente...

—A ver, ¿y de dónde le viene esa afición flamenca?

—Muy sencillo; su madre es andaluza y le ha enseñado a bailar desde niño.

—¿Qué me cuentas? Pues en Navidades nos tiene que echar un bailecito, ¿eh?

—¿En Navidades?

Ya aquello sonaba a palabras mayores. Cierto que nosotros no le habíamos puesto etiquetas a lo que estábamos viviendo, pero los acontecimientos estaban hablando por sí solos.

—Sí, hija, que igual tú no has caído, pero algún día de las Navidades tendrá que venir a casa.

¿Eso implicaba lo mismo por mi parte? Digamos que la faceta profesional de la relación que nos unía a mí y a Marino había propiciado que él conociera a mis padres, pero lo de conocer yo a los suyos... eso era algo que no había pasado por mi cabeza.

Con tal pensamiento me dispuse a ir al trabajo. Aquella mañana no me apetecía coger el coche, pues los rayos del sol indicaban que las bajas temperaturas nos iban a dar algo de tregua y preferí aprovechar para desplazarme en bici, otra de mis grandes aficiones.

Por la tarde había quedado con Marino para ir a la protectora.

—Por “h” o por “b” ya os veis todos los días —me comentó mi madre antes de salir.

—Eso parece...

Lo de quedar con él constituía para mí uno de los mejores momentos del día. Antes de salir, como cada mañana, recibí un bonito mensaje en el que me recordaba que estaba ahí y me deseaba

un buen comienzo de día.

Por mi parte, tuve presente que él tenía esa mañana un juicio importante.

“Buenos días para ti también. Venga, picapleitos, que tú puedes, dales fuerte”

El emoticono del guiño de ojos con la lengua fuera me llegó en un segundo. Me gustaba hacerle llegar mis mensajes de ánimo, por mucho que entendiera que él estaba sobradamente capacitado para valérselas sin mí. En cualquier caso, a nadie le amarga un dulce y él me había dicho en más de una ocasión que le encantaba que me dejara caer. Y yo lo hacía de mil amores.

Pedaleando y pensando en mis cosas, no tardé en llegar a las inmediaciones de la clínica. Yo soy un tanto despistada, por lo que no me resultó en absoluto extraño que aquel chico se acercara sin que ni siquiera me diera cuenta.

—Hola, perdona... —murmuró y yo pegué tal grito que a punto debió estar de que le estallaran los tímpanos.

—Pero... ¿cómo demonios te atreves? Tú eres el miserable que me ha metido en este lío, estoy segura de lo que digo.

—No, perdona, pero no es lo que parece. Ya sé que me viste el otro día en la joyería, pero también había una mujer... Tú no la viste, te lo garantizo, estaba detrás de ti y... Eres Begoña Cifuentes, me ha costado mucho dar contigo. Yo soy Edu. —Me tendió la mano y pensé que aquello era lo más ridículo que me había pasado en la vida.

En concreto, me acordé del anuncio aquel que decía lo de “Hola, soy Edu, Feliz Navidad”, por Dios, si hasta podría ser aquel niño, ya más crecidity en versión ratera.

—Déjate de gaitas, que sé que fuiste tú, no me vayas a decir que eres una hermanita de la caridad, porque sé que eres un chorizo y de los buenos.

—Sí, lo soy, es innegable. Seguro que te lo habrá dicho tu abogado, pero soy un ratero legal, no uno de esos que van endosándole a los demás sus problemas.

—¿Un ratero legal? ¿Pero tú te has escuchado? En mi vida me han dicho nada más ridículo. Te prometo que voy a llamar ahora mismo a la policía, tenlo claro.

Cogí el móvil y él me pidió por favor que lo guardase.

—Escucha, Begoña, tengo algo importante que contarte. Aunque no te lo creas, estoy aquí para ayudarte.

—¿Para ayudarme? Mira, a ver si ahora va a resultar que quieres que nos convirtamos en amiguis, que con amigos como tú no necesito yo enemigos.

—No, no tenemos por qué ser amigos, pero tengo información valiosa para ti.

—Pues entonces suéltala, que ya estás tardando.

—Estás en peligro, Begoña, y no tienes ni idea.

—¿En peligro? ¿También me vas a dar un tiro o qué pasa?

—No, es por tu abogado, el tal Marino... No es trigo limpio.

—¿Cómo? ¿Tú tienes los santos cojones de presentarte ante mí y decirme que Marino no es trigo limpio cuando estoy metida en mierda hasta el pescuezo por tu culpa?

—Te digo y te repito que yo no he sido. Yo me fui cuando vi el cariz que estaba tomando el asunto, pero antes vi cómo aquella mujer disimulaba y se quitaba el marrón de encima, metiendo el anillo en tu bolsillo.

—Y si fue así, ¿cómo fuiste tan cobarde y tan miserable de no hablar en el momento? ¿Sabes por lo que estoy pasando desde entonces? ¿Puedes hacerte una idea?

—Porque mi palabra no hubiera tenido ninguna credibilidad, por eso. ¿Quién iba a creerme? Me hubieran echado a mí la culpa y encima no hubiera valido para nada.

—Pues no tengo ni idea de lo que me cuentas, porque en la cámara no se vio ninguna mujer.

—Normal, se veía que ella sabía lo que se hacía y supo muy bien dónde colocarse. Y cuando vio que acababan de echar de menos el anillo y que la dependienta se dirigía hacia donde tú estabas, se quitó de en medio con toda la parsimonia del mundo. Y yo hice lo mismo porque iba a salir escaldado, y vale que pague por mis malos actos, pero no cuando los cometen otros.

—Todo esto es muy extraño, ¿no te parece? ¿Y qué hacías tú en la joyería? No me digas que escogiendo un anillo de compromiso para tu novia porque no cuela.

—No, desde luego que no, yo estaba allí al loro para mangar algo, pero jamás te hubiera echado a ti la culpa si me hubiera visto pillado.

—Joder, qué ojito el mío. Entro en una joyería que está llena de mangantes y me llevo el premio gordo. Pero, si todo eso ocurrió así, ¿cómo es que ahora te veo hasta en la sopa?

—Porque llevo días siguiéndote la pista, sintiéndome culpable por no haber intervenido a tiempo. Uno tiene sus contactos y logré dar con tu identidad y con tu lugar de trabajo. Ayer me acerqué a la clínica para hablar contigo, pero finalmente me asusté y me fui.

—Pero después te volví a ver en el juzgado y saliste volando en cuanto te percataste.

—Sí, porque te seguí desde la clínica para hablar contigo en cuanto encontrara un momento propicio. Pero lo que vi en el juzgado no me gustó ni un pelo.

—Expícateme porque me estoy poniendo de lo más nerviosa.

—Nervioso me puse yo cuando vi quién era tu abogado, el finolis ese.

—¿Le tienes coraje porque él no es como tú? Porque en eso te doy la razón, os parecéis lo que un huevo a una castaña.

—No, no le tengo coraje por eso. Si te digo la verdad, prefiero mil veces ser como soy que no como es él.

—¿Y cómo es él, listo? Desembucha que la sangre me hierve.

—Un hipócrita de mierda. Mira, a mí se me ve venir, yo soy un mangante y no lo niego, pero ese...

—Ese, ¿qué?

—Ese va de salvador por la vida, vanagloriándose de su buena reputación, pero a la hora de la verdad es un farsante que no hace más que abusar de su superioridad, ¿sabes?

—¿Y eso por qué lo dices?

—Porque en su día sedujo a mi hermana, prometiéndole con malas artes que la sacaría de un problema si accedía a hacer todo lo que él quisiera, y al final no fue así. Ella se acostó con él, la manejó a su antojo y cuando ya se hubo hartado, pasó de su culo y no la ayudó ni un ápice. Desde entonces está entre rejas y vale que también cometió un delito, pero en su caso solo fue uno, el primero... Ella todavía se hubiera podido salvar si tu abogadito la hubiera querido ayudar, pero no. Él solo se aprovechó de ella y te digo de buena tinta que no es la primera cliente de la que saca tajada y luego la manda a paseo...

—Y si eso fuera así, ¿no crees que se sabría?

—No, porque él solo lo ha hecho con chicas que no tenían donde caerse muertas, como mi hermana, que le tocó en el Turno de Oficio. Con las señoritingas nunca ha tenido valor. Por eso no se sabe y su reputación está a salvo.

—Eso no es posible...

—Sí lo es. Y en tu caso, por lo que vi ayer, estoy seguro de que también te ha seducido. Los gestos entre vosotros no podían ser más cercanos, Quizás a ti, por tener una mejor posición no sea capaz de dejarte en la estacada, a lo mejor te defiende, pero no te quepa ninguna duda de que se lo

va a cobrar bien cobrado... Y no me estoy refiriendo solo al dinero. ¿De verdad quieres que te defienda un tipo así, sin ningún tipo de escrúpulos? ¿Y encima vas a tener una historia con él, para que te destroce y te ponga como uno más de sus trofeos en una vitrina?

—Marino no es así, tú no tienes ni idea de lo que hablas... Esto no puede estar ocurriendo, no te quiero escuchar más, te lo debes haber inventado todo.

—Y dime, ¿qué interés podría tener yo en inventármelo todo? Si te fueras de la lengua con él, yo solo ganaría un enemigo y poderoso. Te recuerdo que mi historial no está precisamente limpio y que, si a él y a sus amigos les da por tirar de la manta, las cosas se me pueden complicar bastante.

—No te creo, no te creo.

—Lo puedo entender, pero ¿creerás a mi hermana? Puedes ir a verla a prisión, solicita un permiso, di que eres una amiga y te lo concederán.

—¿Qué se me ha perdido a mí en prisión viendo a tu hermana?

—Descubrir la verdad, eso es lo que se te ha perdido. Mi hermana podrá contarte hasta el último detalle de lo que ese sinvergüenza hizo con ella y, a partir de ahí, tú podrás escoger libremente tu camino. Y yo... Yo al menos tendré la conciencia tranquila de que te he avisado.

Edu me dio las señas de su hermana y del lugar en el que estaba internada y se esfumó y a mí me dieron tales ardores de estómago que a punto estuve de decirle a Mauricio que ese día no podía trabajar.

Capítulo 13



Finalmente opté por entrar porque no quería levantar sospechas en mi jefe. El día anterior me las tuve que ingeniar para poder salir antes y lo que menos me apetecía era tener que darle explicaciones.

No obstante, fue entrar y darme cuenta de que las cosas no marchaban bien.

—Begoña, ¿puedes pasar a mi despacho?

—Claro, Mauricio, ¿cómo no? —Con la frente perlada de sudor le seguí hasta el final del pasillo, donde estaba su despacho.

—Verás, Begoña, lo que tengo que decirte no es plato de gusto para mí, pero creo que hay un asunto espinoso que tú y yo debemos solucionar.

—Tú me dirás, creo que no debes tener queja de mi trabajo. Al menos eso pienso, porque lo cierto es que yo pongo el alma y la vida en él y, hasta donde yo sé, los clientes están bastante contentos conmigo.

—Mucho. Y por eso lo que tengo que decirte quizás me duela a mí más que a ti, porque te tengo por una profesional excepcional.

—Gracias, pero te agradecería que fueras al grano, porque me estoy poniendo un poco nerviosa.

—Y no me extraña en absoluto, porque creo que tú sabes muy bien de qué te estoy hablando.

—Pues en principio no, así que, si me lo puedes aclarar tú, creo que terminaremos antes. — Disimulé como buenamente pude.

—Yo estoy hablando de cierto “incidente” que ocurrió el sábado por la mañana en una de las joyerías más famosas de esta ciudad. Y, para tu desgracia, su dueño es amigo mío.

Joder con el tráfico de influencias que había allí. En ese instante caí en que aquello debía ser cierto, porque la primera vez que yo escuché hablar de ella fue a Griselda, que estaba alardeando de un anillo que le había comprado Leocadio allí.

Y no tendría nada de particular que su novio se acercara a esa joyería y no a otra porque sus padres fueran amigos. Maldita sea, ¿por qué tuve que ir a parar allí? Aunque Griselda en aquella ocasión no tuviera ninguna culpa, parecía estar detrás de todas mis desgracias. Vale que era pasarme, pero es que jamás me traía nada bueno.

Madre mía qué ganitas me estaban entrando de animar a Esther a que fuera a por todas y le quitara el novio de una puñetera vez, a ver si así había suerte y yo le perdía la vista.

—Ah, ya, de ese “incidente”. Bueno, Mauricio, entiendo perfectamente lo que tienes que estar pensando, pero yo jamás...

—A ti te están investigando por un hurto... Yo lo sé desde ayer por la mañana y he guardado un prudente silencio. Pero todo tiene un límite y ayer mismo sucedió algo que me ha puesto la mosca detrás de la oreja.

—¿Y qué es eso que ha sucedido si es que puede saberse? Porque yo ya estoy que reviento.

La presión estaba pudiendo conmigo, demasiadas cosas que asimilar.

—Pues que aquí también alguien ha metido la mano en la caja y, dados tus antecedentes, lo siento mucho, pero no tendría nada de particular que hubieras sido tú.

—¿¿Cómo?? —Me levanté y di un golpe en la mesa.

—Comiendo, ¿o te crees que no es mosqueante que te detengan el sábado en una joyería y que aquí falte dinero el lunes?

—¿Y la presunción de inocencia? ¿Esa por dónde te la pasas?

—Pues mira, hija, esa me la paso por ese mismo lugar por el que tú estás pensando cuando de lo que se trata es de defender mi negocio, ¿sabes?

Ya veía yo de qué pie cojeaba ese hombre. Su actitud no me pudo parecer más déspota.

—Pues sabes lo que te digo, Mauricio, que a mí trabajo no me va a faltar. Así que te puedes meter mi puesto por ese mismo lugar que los dos estamos pensando.

—Yo tampoco te quería ya en mi empresa, por lo que me parece lo más inteligente.

—Entonces todos de acuerdo, aquí te quedas.

Salí de su despacho y cerré la puerta.

Por el pasillo me encontré con Esther que se encogió de hombros, no entendiendo nada.

—Bego, ¿a qué han venido esos gritos?

—A que esto no es una empresa, sino un cortijo. Y el señor cortijero me acaba de indicar que yo sobro, pero que no es ninguna tragedia. Es más, no me echa él, me voy yo...

Con la cabeza bien alta, entré a recoger mis cosas y en menos de cinco minutos ya iba con ellas en dirección al parking. Vaya día había elegido para ir en bicicleta, pero al menos podría ponerlas en la cesta.

Hasta una patada le di a una papelera antes de emprender el camino para mi casa. Acababa de quedarme sin trabajo, Edu me había metido el miedo en el cuerpo con respecto a Marino.

¿Lo había hecho? Sí, tenía que reconocer que sí, porque lo había puesto de viva la vida para arriba. Y eso me dolía. Quería pensar que no era así, pero, mientras pedaleaba, un pensamiento me asaltaba una y otra vez; aunque yo no tuviera el perfil de esas infelices que me describió Edu, quizás sí quisiera aprovecharse en otro sentido.

Hasta donde yo sabía, había hombres a los que les gustaba coleccionar mujeres en plan trofeo, poco más que para exhibirlas como un trofeo en una vitrina después de acostarse con ellas. ¿Y si era el caso de Marino?

Por un lado, quería apostar por él y aplicarle esa presunción de inocencia que a mí me había negado Mauricio en el trabajo; pero por otro lado había algo que me inquietaba sobremanera y eran las pocas dudas que había tenido para tirarme la caña pese a las particulares circunstancias en que nos habíamos conocido porque, en definitiva, ¿qué clase de abogado se lía con su cliente?

Capítulo 14



Llegué a casa con el corazón en un puño y no pude más que echarme a llorar. No sabía lo que hacer con respecto a Marino y, además, acababa de perder un trabajo que, si no era el de mi vida, al menos me había reportado no pocas satisfacciones.

—¿Qué haces aquí, cariño? Y vienes con los ojos como dos huevos.

—Mamá, me han echado del trabajo...

—¿Cómo puede ser? ¿Has metido la pata en algo? Mira Bego, que tú has estado muy nerviosa últimamente, lo mismo se te ha ido el santo al cielo y...

—Mamá, no se me ha ido absolutamente nada. Es más, lo único que se me había ido era que mi jefe es un pájaro de cuentas total, no hay más.

—Cariño, pero Mauricio es íntimo amigo de Miguel, vamos a llamarle. Estoy seguro de que él podrá interceder por ti, ya verás que todo esto va a tener arreglo.

—Ni en broma, mami, no vamos a molestar a Miguel más. Ya sabes que él está delicado desde que le dio el arrechucho ese al corazón y yo no lo quiero molestar.

—Pero sí tú no lo molestas, hija de mi vida. Él siempre dice que tiene dos niñas y actúa como si así fuera. De todos modos, va a intervenir en cuanto Esther se lo cuente.

—No, no lo va a hacer, ya la advertiré yo luego. Y es que yo no quiero que interceda nadie, por la sencilla razón de que no quiero volver a un trabajo donde me han puesto de ladrona por toda la cara, así sin más.

—Ains, mi niña, no quiero ni imaginarme por lo que tienes que estar pasando. Ese hombre se ha enterado y te ha acusado vilmente, ¿quién se ha creído que es?

Rodrigo llegó a la cocina, donde estábamos charlando y se sentó con nosotras.

Le explicamos lo sucedido y, tras guardar un breve silencio, tomó la palabra.

—Mira, Bego, yo también empiezo a estar hasta las narices de que ciertos energúmenos se aprovechen de su posición para señalar a otras personas con el dedo acusador. Por mi parte, el tal Mauricio se puede meter el dedo y su acusación por donde le quepa.

—Gracias —le respondí secándome aquellas lágrimas de ira con el dorso de la mano, pues no podía ser mejor hombre. Lo cierto es que, con el tiempo, aquel al que un día miré con un cierto recelo, se estaba revelando como un gran hombre.

—Es más. Hay una idea que hace tiempo me ronda por la cabeza y que ni siquiera la he comentado todavía con tu madre, pero me encantaría hacerlo en este momento.

—Dime, por favor, soy todo oídos...

—Pues la de que montes tu propia clínica veterinaria, Bego.

—Rodrigo, eso está muy bien y te agradezco la idea, pero debe costar un auténtico pastón. Y yo no voy a contar con el aval de un banco así por las buenas.

—Con el de un banco probablemente no, pero sí con el mío. No quiero alardear de nada, pero

sabes que afortunadamente gozo de una buena posición económica. Y eso ha de servir para algo más que para llevarme a tu madre de tu lado, que sé que en ocasiones quizás te hemos dejado un poquillo sola.

—No, hombre, vosotros teníais y tenéis el derecho de viajar adonde os venga en gana. Solo es que yo me pongo un poco tontona cuando estoy sola.

—Bueno, pero ahora al menos tendremos la tranquilidad de que vas a estar con Marino —añadió mi madre sonriente.

En ese terreno preferí no entrar, por lo que le devolví una tímida sonrisa condescendiente y me centré en la conversación con Rodrigo.

—Pero es que yo no sé cuándo te podría devolver la inversión y no va a ser pequeña.

—¿Quién te está metiendo prisa? Además, Esther y tú siempre habéis navegado en el mismo barco y es probable que ella quiera ser tu socia.

—¿Asociarme con Esther? Mira que hace años que fantaseamos con esa posibilidad, pero no han sido más que eso, fantasías...

—Pues ya es hora de que los sueños se hagan realidad. Podríamos hablar con Miguel y estoy seguro de que él estará encantado de poner el cincuenta por ciento de la inversión. ¿Te sentirías más tranquila así?

—Puede ser...

—Claro, de manera que lo de tu despido, se lo podemos presentar más como una oportunidad de futuro que como una desgracia.

—Rodrigo, ¿cómo puedes ver las cosas siempre desde un prisma tan positivo?

—Muy sencillo, Bego, porque todo en la vida va a depender del cristal con el que se mire, ¿o es que todavía no lo sabes?

Desde luego, el cristal con el que mi padrastro miraba las cosas debía ser uno de esos de primera calidad, porque para él todo tenía un lado bueno alucinante. Además, Rodrigo era uno de esos empresarios que, donde ponía el ojo, ponía la bala y a lo largo de su vida había cerrado un gran número de negocios que habían sido un éxito rotundo.

Vamos, que no es que fuera un Amancio Ortega, pero que se había defendido a la perfección y había sabido labrarse un porvenir muy cómodo que ahora teníamos la suerte de que compartiera con nosotras.

Su idea me ilusionó y el primer pensamiento que tuve no fue otro que coger el teléfono y largárselo todo a Marino. Pero luego me senté a pensar diez minutitos y las ganas se me pasaron.

Ese era el segundo frente que tenía que abordar. Y todavía lo estaba pensando cuando recordé la cita que teníamos aquella tarde.

A decir verdad, con todo lo ocurrido, maldita la gana que yo tenía de citas de forma que, antes de que pasaran más horas y luego fuera más complicado, le escribí.

“Lo siento, pero hoy me ha surgido un imprevisto y no voy a poder acompañarte a la protectora”

Me respondió unos minutos después, en cuanto lo vio.

“Preciosa, espero que no sea nada, te voy a echar de menos. Si necesitas algo, me lo dices. Te llamo al mediodía”

Él estaba muy liado aquella mañana con el juicio aquel de marras y yo... Yo ya estaba muy liada con todo.

Una idea rondaba una y otra vez por mi cabeza; la de ir a entrevistarme en prisión con la hermana de Edu...

Capítulo 15



El jueves por la tarde, las piernas me temblaron delante de la puerta de aquella prisión. Y no lo hicieron solo porque a mí ese tipo de instituciones ya de por sí me dieran auténtico pavor, sino también porque por unos instantes me imaginé a mí misma internada allí y quise que la tierra me tragara.

Con paso tembloroso, me dirigí a una entrevista de esas que solo había visto hasta la fecha en las películas,

De esa guisa, me dirigí al locutorio.

—Tú debes ser la hermana de Edu, Mar, ¿verdad?

—Sí, y tú la siguiente víctima de Marino, ¿o me equivoco?

Me quedé impactada por su respuesta. Vale que yo iba allí a saber la verdad, pero me resultaba impactante escuchar de su propia boca que Marino era un pieza.

—Bueno... yo, hasta donde yo sé, más bien soy su chica.

—Ya, claro, oye que no te ofendas, que tú pareces muy pijita y tal y podrías ser perfectamente su pareja. Lo que estoy diciendo es que pegáis muy bien y eso, pero que créeme que ese tío no sabe tener pareja.

—¿De verdad me lo estás diciendo? —Las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos, pero yo entendía sobradamente que no era lugar para eso.

—Y tanto. Verás, yo no soy una ingenua y no vivo en tu entorno. A lo que me estoy refiriendo es a que nunca llegué a creerme que él fuera a poner el mundo a mis pies ni nada parecido. Los pobres no levantamos castillos en el aire, así como así, porque estamos acostumbrados a que no tarde en llegar una apisonadora que nos tira el castillo, ¿sabes?

—Y, entonces, ¿qué esperabas de él?

—Esperaba, al menos, representar algo para ese hombre, porque el hecho de que una se haya equivocado en la vida y que no tenga donde caerse muerta, no quiere decir que la tengan que tratar como a un trapo, ¿tú me entiendes?

Me impactó darme cuenta de que aquella chica de facciones duras a quien parecía que la vida no había tratado nada bien, era ahora la que había dejado que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

Mar parecía sincera y aquello me desgarró el corazón.

—Lo entiendo perfectamente.

—Mira, Begoña, Marino me sedujo y yo, aunque no soy una ingenua pensé que al menos podría vivir algo bonito con él, una aventura de esas que luego recordarías... E incluso, quién sabía, en el fondo de mi corazón sí que albergaba la ilusión de que se estuviera enamorando de mí, como había dicho.

—Ya, pero ¿cómo fue lo vuestro? ¿Él fue poco a poco o te entró a las bravas...?

—Me entró poco menos que de golpe y porrazo —dijo.

—Vale, vale. —Miré hacia el suelo porque aquellos detalles me dolían, pese a que fuera yo quien los pidiera.

—Mujer, tranquila, que me refiero de entrarme, de decirme cosas y eso, no te vayas a creer que hablo de otro tipo de entradas.

—No, claro, que eso pertenece a tu vida privada.

—Claro, claro, aunque tampoco tardaron en llegar, tú ya me entiendes.

—Sí, te entiendo perfectamente.

—Pues nada, que después de comenzar a vivir todo aquello con Marino, así en plan idílico total, yo creía que por fin la suerte me había tocado con una especie de varita. Y luego me di cuenta de que no, de que allí la única varita que había era la que él tenía entre las piernas y que...

—Que después de metido, nada de lo prometido, ¿no es eso?

—Yo no lo hubiera dicho mejor. Marino me prometió que me ayudaría, me dijo que saldría indemne, porque yo no tenía antecedentes y después...

—¿Qué paso después? Sigue por favor.

—Que dejé de interesarle. Cuando sacó todo lo que pudo de mí, pasó de mi culo. Así como te lo cuento, olímpicamente y es que hay más... Te diría que, incluso, el día del juicio se interesó tan poco que venía colocado, con lo cual tampoco es que hiciera un gran papel. Y a mí me empapelaron y, desde entonces, aquí estoy...

—¿Colocado? Perdona, pero eso sí que no me lo puedo creer.

—No, ¿verdad? Yo sí que me lo pude creer porque durante nuestros encuentros le vi coquetear más de una vez con las drogas, cocaína concretamente. Pero como yo tampoco era un ángel de la guarda, pues como que no me asusté por eso, tú ya me entiendes. En mi círculo es más normal de lo que parece, pero que ni de coña los niños bien se salvan, a las pruebas me remito.

—Eso no puede ser, lo que me estás diciendo tiene que ser una trola.

—¿Una trola? Pregunta por ahí, otras cosas quizás no te las puedan corroborar porque no sean de dominio público sino cuestiones de alcoba que él se ha ocupado de tapar; pero lo de las drogas, eso ya es harina de otro costal, bastante más difícil de esconder.

La que quería taparse con una capa y desaparecer era yo. Pocas veces en mi vida me había sentido tan desgraciada. Las palabras de Mar me sonaron a verdad. En cualquier caso, tenía que saber si estaba en lo cierto o si me había equivocado con ella.

Naturalmente, no podía sentar a Marino en una mesa y descubrir todas mis cartas. Debería ser bastante más sutil, jugar con cierta astucia y sacar algo en claro de la persona que tenía al lado. Con las Navidades en las puertas, mi vida parecía ensombrecerse de nuevo.

Maldito el día que entré en aquella joyería y malditos regalos de Reyes que me habían llevado a hacerlo.

Capítulo 16



Ya no podía darle más largas a Marino. Llevaba varios días haciéndolo y él, que de tonto no tenía ni un pelo, no iba a tardar en descubrir el pastel.

Además, yo necesitaba corroborar la versión de Mar, aunque no sabía cómo hacerlo sin levantar sus sospechas. Quizás hubiera un cabo del que pudiera tirar, un cabo en forma de confesión que...

Aquel viernes llegaba mi hermana Sara con Axel y Lucy. Mis padres habían invitado a Marino a almorzar días antes y se suponía que no había ninguna razón para cancelar tal encuentro.

—Por fin te veré en un rato. Te he echado cantidad de menos estos días —me comentó a media mañana cuando me llamó por teléfono.

—Yo a ti también, lo que pasa es que he estado un poco pocha y sin ganas de nada.

—¿Sin ganas de nada? Eso sí que no puedo consentirlo —me comentó.

—Bueno, tampoco me conoces tanto, a mí a veces me da la neura y como que quiero desaparecer del mapa, ¿sabes? Soy un poco rara e introvertida, es lo que quiero decirte.

—A mí no me parece nada rara, además, todo está bien entre nosotros, ¿no? —me preguntó.

Me dio miedo escamarle y que tuviera una coartada preparada, por lo que me di cuenta de que debía darle una de cal y otra de arena. En cierto modo le estaba diciendo que igual me encerraba en mí misma y no quería saber nada del mundo para quitármelo de encima. Pero con eso corría también el riesgo de alertarlo.

—Sí, sí, todo perfectamente, ya te digo que soy yo, que a veces no me aguanto.

—Pues para eso estoy yo, para aguantarte, para empujarte y para lo que haga falta; para insuflarte aire fresco. En definitiva, como cuando estuvimos escalando en la vía ferrata, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —le contesté con voz resquebrajada.

Me daba mucha pena pensar que todos aquellos momentos vividos no hubieran sido reales, sino el fruto de la estratagema de una persona sin escrúpulos, pero todo apuntaba a que así era.

Había que joderse, lo bien que representaba el tío el papel... Si todo aquello resultaba cierto tendrían que nominarle a un premio Goya a la interpretación. Y tenía todas las papeletas para ganarlo.

A media mañana fui al aeropuerto a por mi hermana y su novio.

—Bego, mamá me contó anoche todo el periplo por el que has tenido que pasar. Imagino que para ti está siendo un calvario y solo quiero que sepas que puedes contar conmigo —me dijo Sara cuando ya estuvimos en el coche.

—Gracias, Sara —le comenté mientras tomaba en mis brazos a Lucy antes de arrancar.

El bichillo aquel resultaba adorable. Y no me refiero a mi hermana sino a mi sobrina postiza. En cuanto a Sara, reconozco que con sus palabras provocó que clavara mi mirada en Lucy, pues no esperaba por su parte una reacción de aquel tipo.

Cierto que mi madre y yo lo habíamos hablado, que mi hermana parecía muy cambiada, pero su reacción y el abrazo que me dio a continuación fueron más de lo que yo podía esperar.

—Gracias, Sara, sé que no hemos sido las mejores hermanas, pero... —me callé al darme cuenta de la presencia de Axel, al que me había presentado un rato antes.

A mí siempre me había costado hablar de mis sentimientos y, en lo tocante a mi hermana, es que en el pasado a veces llegué a dudar de que los tuviese.

—No te preocupes por Axel, puedes hablar tranquilamente, no entiende ni papa de español —me comentó y las dos nos echamos a reír.

Bien pensado, aquella debía ser una de las pocas risas cómplices de nuestra vida. Ahora sentía que mi hermana y yo habíamos perdido demasiado tiempo y que había llegado el momento de recuperarlo.

—Ya, Sara, a mí me gustaría...

—A mí también me gustaría que a partir de ahora nos lleváramos mejor. Tú no tienes nada de lo que excusarte, siempre fui muy puerco espín, tengo mucha más culpa que tú.

—No hables de culpa, normalmente dos no discuten si uno no quiere...

—Pero es que conmigo lo complicado era no discutir, Bego... Siempre andaba buscándole los tres pies al gato por todo y sacándote de tus casillas.

—Un poco sí que te gustaba jorobarme, sí, pero yo tampoco era una santa.

No quise meter más el dedo en la llaga, porque mi hermana sí había sido una persona complicada de verdad y ahora lo estaba reconociendo, cosa que no creí que llegara a suceder jamás en la vida.

—Bueno, pero lo que quiero que sepas es que yo siempre te he querido, hermana mayor, aunque te haya chinchado a tope.

—Y yo también te he querido, hermana menor, aunque muchas veces hicieras que me tirara de los pelos.

Entre risas, comencé a conducir en dirección a casa de mis padres. De reojo iba mirando a Sara en determinados momentos, porque hasta el gesto de la cara parecía que le había cambiado.

Si el artífice de aquel cambio era Axel, a ese sí que íbamos a tener que hacerle un monumento. En el regazo de mi cuñadito, perfectamente instalada, iba la micurria de Lucy, que no podía ser más chiquitina.

No pude evitar acordarme de Matías y de la diferencia de tamaño con ella. Y al acordarme de Matías, lo hice también de Marino. ¿Sería el hombre que Edu y Mar decían? En muchos momentos quería pensar que no, pero si las pruebas terminaban apuntando en esa dirección, no tendría más que rendirme a la evidencia y digerir que el abogado por el que yo suspiraba me la había dado con queso.

El dolor que me provocaba ese pensamiento era tal que hacía que me doblara en mi asiento del coche, puesto que a mí los problemas se me terminaban reflejando en el estómago. Y aquel contaba con unas dimensiones considerables.

Capítulo 17



Había urdido un plan. Lógico que no podía preguntarle a Marino abiertamente si era un sinvergüenza con las mujeres porque lo iba a negar por completo. Pero si lograba concluir que había algo de cierto en las palabras de los dos hermanos, bien podría tener claro que el resto también era cierto, tampoco tendría que indagar demasiado más.

—Espero que sea de vuestro gusto —le dijo Marino a mi madre cuando le dio la botella de vino que traía para que brindáramos.

—Bueno, bueno, pero si es una de las preferidas de Rodrigo, me da a mí que tú cuentas con información privilegiada —le contestó ella de lo más feliz.

—Créeme que no, que ha sido fruto de la casualidad, quizás porque tu marido y yo tenemos algo en común; el buen gusto y no me refiero solo a las mujeres.

Sus palabras me pusieron los vellos como escarpas ya que aquel comentario, que en otro momento no podría haber sido más inocente, representaba en ese momento para mí un motivo más de sospecha.

¿Tendría Marino la cara de venir a hablar de gusto de mujeres a mi propia casa si el tío resultaba un Don Juan de pacotilla que encima iba aprovechándose de unas y otras?

El sufrimiento me estaba saliendo por las orejas. Ya no podía confiar en él y lo más grande del caso era que lo tenía metido en mi casa, en mi vida, en la defensa de mi caso y...

—Hija, ¿estás bien? —Mi madre se había percatado de que algo malo me sucedía.

Y es que, por más que lo pensaba, aquello era un poco de locos. Por el amor del cielo, Marino y yo ni siquiera nos habíamos acostado todavía. Es más, apenas habíamos pasado de unos besos y, sin comerlo y sin beberlo, ya estaba metido en mi familia.

Puestos a pensar mal, aquel pajarito se había metido en la mía, pero no había dicho ni pío de la suya. Eso me hacía pensar que, en cualquier momento, podía levantar el vuelo sin necesidad de darme explicaciones.

Le presenté a mi hermana y cuñada y todos nos sentamos a almorzar, después de que Rodrigo entonara un brindis.

—Chicos, quiero brindar por la preciosa familia que tengo el gusto de compartir con mi mujer, y que estas Navidades parece que ha crecido. Y no hablo solo de nuestros dos yernos, sino de toda la ensarta de miembros de cuatro patas que nos habéis metido por las puertas.

Matías y Condesa, en un rincón del salón, jugaban en sintonía mientras miraban a la pequeña Lucy, que era un bebé absolutamente encantador y que no paraba de llamar su atención.

Rodrigo no tenía hijos y, por días, se portaba más como un padre con Marta y conmigo. Había costado engrasar el sistema, pero parecía que por fin lo habíamos logrado.

Después del almuerzo, mi hermana y Axel se fueron a descansar, dado que se habían despertado muy temprano para volar, y mi madre y Rodrigo hicieron lo mismo.

—Yo también me echaría a dormir contigo, pero mucho me temo que nosotros todavía no hemos compartido cama. —Rio Marino.

Yo ya no sabía cómo interpretar ninguna de sus palabras, pero si él se había pensado que por decírmelo de aquel modo yo iba a caer rendida a sus encantos metiéndolo en mi dormitorio, estaba pero que muy equivocado.

Si algo me molestaba en la vida era que me tomaran por la tonta del pueblo, no podía soportarlo.

—Va a ser que no, mejor cogemos a todos estos y nos vamos a dar un paseo, ahora que Matías y Condesa se llevan bien.

—Sí, eso es la gloria... Tengo que agradecértelo a ti, no sé cómo lo has logrado.

—Arte que tiene una...

Salimos a dar una vuelta y yo sabía muy bien hacia qué lugar debía dirigir la conversación para sacar algo de información valiosa.

—Tu hermana es muy simpática, me alegra ver que ahora estáis en sintonía —me dijo, pues él estaba al tanto de que no siempre había sido así.

—Sí, la miro y no me lo creo. Nunca llegué a pensar que lo nuestro tuviera solución, es como un milagro de Navidad.

—Un milagro de esos de los que se ven en las pelis, es verdad...

—Sí, en las americanas, solo que aquí no todo ha sido siempre tan idílico, ¿sabes?

—Ya, me comentaste que tu hermana nunca fue fácil y que en la adolescencia las cosas se complicaron. Supongo que lo típico, la edad del pavo, la rebeldía, las malas compañías.

—Exacto, y las drogas...

Vi claramente cómo el rostro de Marino cambiaba de un momento a otro, como si le hubiera nombrado al mismísimo diablo y pensé que lo había cazado. Yo no había mentido, Marta tuvo problemas con las drogas que, afortunadamente, quedaron atrás.

—¿Las drogas?

—Sí, Sara coqueteó con ellas durante un año, de los diecinueve a los veinte, y nos hizo pasar a todos un infierno.

—Dios, cómo lo siento.

—Gracias, es que una no sabe la clase de ruina que es esa hasta que no entra en contacto con ese mundo tan sórdido, aunque supongo que no tienes ni idea de lo que te estoy hablando. ¿Cómo lo vas a saber tú, con lo sano y deportista que eres?

Su rostro, cabizbajo, me dio la respuesta. Pensé que Marino no se iba a atrever a mentirme, porque al final las mentiras tenían las patitas muy cortas, por lo que eso sí que lo confesó.

—Me temo que sé de drogas más de lo que imaginas, yo mismo he coqueteado con ellas durante años.

—¿Qué dices? No me lo puedo creer, no tenía ni idea. —Yo sí que le mentí, pero vive Dios que lo hice con el propósito de pillarlo.

—Lo que te cuento, bonita. Lo pasé fatal y terminé saliendo de esa espiral destructiva, pero causé mucho sufrimiento por el camino.

Lo había cazado. Mar y Edu decían la verdad... Y, en concreto, esa parte de la verdad él no se había atrevido a escondérmela. La había escupido porque se vio perdido, porque teníamos conocidos comunes y porque entre cielo y tierra no hay nada oculto y eso es algo que por su trayectoria profesional Marino debía saber muy bien.

A partir de ese momento solo pensé en cómo decirle adiós a aquel miserable sin dar demasiado

el cante. Lo vestiría de depresión por el momento por el que estaba pasando y por la pérdida de mi trabajo, pero lo haría.

Capítulo 18



El sábado quedé para almorzar con aquel encantador de serpientes...

—¿Pasa algo, bonita? —me dijo con aquella cara de mosca muerta que yo ya no podía soportar.

—Sí, bueno, es que verás... No sé cómo decírtelo, pero yo no quiero seguir con lo nuestro.

Quizás fuera cobardía, pero me daba miedo enfrentar la verdad en toda su dimensión. Decírselo representaría tener que admitir que había estado en contacto con Edu, ido a ver a su hermana a prisión y toda la parafernalia para desenmascararle. Y yo no estaba por la labor.

En cuanto a su defensa, no sé por qué todos decían que yo estaba en buenas manos. Probablemente, de lo que Marino estuviera viviendo fuera de las rentas de ser el hijo de un abogado de prestigio... Y ese mismo prestigio era el que le servía de parapeto para cometer todas sus fechorías.

Reconozco que también sentí algo de miedo, porque entre los abogados había bastante camaradería y, si descubría mis cartas, igual el próximo que contratara no me viera con buenos ojos por haber puesto a parir a su compañero.

Fuera como fuese, lo que tenía claro era que no me apetecía decirle la verdad, ¿por qué leches tendría que hacerlo si él era un sinvergüenza que no merecía el aprecio de ninguna mujer?

Ahora agradecía al cielo que no me hubiera puesto apenas la mano encima, que no nos diera tiempo, que no tuviéramos la ocasión...

Su gesto ante mis palabras indicó incredulidad y tristeza. Nueva actuación digna de un premio. Qué ganas tenía de quitármelo de encima y cuánto debía agradecerles a Edu y a Mar que me abrieran los ojos.

—Por favor, Bego, no te precipites, ¿es por lo que te conté de las drogas?

—No, no es por eso...

—Es que, si es por eso, puedo garantizarte que yo ya estoy limpio por completo.

—No, no es por eso. Ya te dije que yo no soy una chica convencional y, de vez en cuando, odio la vida que estoy llevando y quiero cambiar.

—A ver, que es cierto que te he notado muy rara la semana pasada, vale, pero que supongo que debe ser algo transitorio. Hasta donde yo sé, tú no tienes ningún trastorno de personalidad ni eres bipolar ni nada que se le parezca.

—No, eso no... Pero sí soy muy cambiante y me he dado cuenta de que lo parecía sentir por ti no era más que agradecimiento y aprecio por lo bien que me has defendido hasta ahora.

—¿Bromeas? No, por favor, no me hagas comulgar con ruedas de molino, Bego. Vale que yo no tengo que ser tu tipo necesariamente y que estés en tu derecho de cambiar de opinión, pero sé lo que han visto mis ojos y ha sido feeling entre ambos.

—Ok, acepto, lo del feeling, pero hasta ahí. No me vayas a decir que la gente vive junta ni se casa por sentir un poco de feeling...

—¿Estás siendo sarcástica? Mira que esa es una faceta que no conocía de ti.

—Claro que no la conocías. Y no lo hacías por la sencilla razón de que tú y yo apenas nos conocemos, ¿no te parece?

—Bego, yo... No sé qué está ocurriendo entre nosotros, pero no le veo mucha lógica. Todo iba bien. ¿ha sido por lo de tu despido? Entiendo que te sientas fatal, pero ya te he dicho que ese despido es improcedente. Tengo compañeros que podrían llevarte el caso y lo ganarían.

—No, no es por eso. Pero bueno, quizás sí que me haya afectado más de lo que esperaba. Vi en sus palabras un resquicio para escurrir el bulto.

—Pues si es así, déjame que te ayude con eso.

—Marino, no quiero que me ayudes con eso ni con nada —añadí con total contundencia.

—¿Ni con nada? Bego, ¿qué me estás queriendo decir con eso?

—Creo que, a buen entendedor, pocas palabras bastan, ¿no es así?

—Así es, por lo que espero que el equivocado sea yo...

—No, es justo lo que estás pensando; quiero que dejes de ser mi abogado.

—Pero Bego...

—Ni Bego ni leches. Lo nuestro me está confundiendo por completo y no voy a poder pasar página hasta que no deje de verte. Si sigues llevando mi caso, tendremos que quedar en varias ocasiones y se reabrirá la herida. No quiero pasar por ahí.

—No te entiendo, Bego, te prometo que no lo entiendo.

—Y yo te prometo que no necesito que me entiendas, sino que respetes mi decisión.

—No me queda más remedio que aceptarlo, no me dejas otra opción, pero que sepas que lo hago con todo el dolor de mi corazón.

A renglón seguido, Marino, con rostro iracundo y triste a la vez, una mezcla extraña donde las hubiera, se levantó y se esfumó.

En el fondo, hubiera querido que se quedara algo más de tiempo, que hubiera luchado por mí, pero no lo hizo. Otra muestra más de que aquel hombre no era lo que yo había pensado en un primer momento.

Llegué a casa y hablé con mi familia. En principio pensé en ocultarles mis verdaderas razones, pero finalmente no pude hacerlo. Quien más pareció sentirlo fue Rodrigo, que se había encariñado una barbaridad con Marino.

—Bego, ¿tú estás totalmente segura de que lo que dices es cierto? —me preguntó.

—Al cien por cien, Rodrigo, me he tomado mis muchas molestias en averiguarlo.

—Hija, nunca lo hubiera pensado, lo siento de corazón...

Capítulo 19



El día de Nochebuena amanecí tremendamente triste. Y eso que en mi casa el ambiente no podía ser más festivo.

Con Marta, Axel, Condesa, Lucy, mi madre y Rodrigo alegres como unas castañuelas, el desayuno no pintaba nada mal.

Prometo que intenté mantener el tipo como pude, pero no hubo manera.

—Hija, como sigas sintiéndote así de desgraciada, vas a caer enferma. Hace varios días que no comes en condiciones y sé que apenas pegas un ojo por la noche, te escucho dando vueltas durante horas...

—Mamá, no quiero preocuparte, ya verás como poco a poco se me irá pasando. Es que han sido muchas cosas; lo del hurto, lo del trabajo, lo de...

Me callé porque no quería ni mencionar su nombre. En mala hora había aparecido Marino en mi vida para engatusarme y luego dejarme enganchada a él como si fuera una droga.

Sí, así podía calificarlo yo, porque era una especie de adicción la que me unía a él en aquel momento.

—¿No vas a hacerles caso? —Marta me preguntó en relación con las chiquitinas, pues Condesa y Lucy no paraban de mirarme con la intención de que jugara con ellas.

—Ainss, pobrecitas, venid, que estoy más tonta...

No me aguantaba ni yo, esa era la cruda realidad. No podía estar peor y no sabía cómo encarar las Navidades más devastadoras de mi vida.

Marta se estaba portando fenomenal conmigo.

—Hermana, vamos a brindar con un chupito de Baileys como hemos hecho todos los años, ¿eh? Sacúdete la pena, que no puede ser...

—Venga, va, como hemos hecho todos los años, pero sin estar a la gresca, ¿eh? Que recuerdo algunas gloriosas ocasiones que no veas, telita...

Marta se echó a reír y las dos nos pusimos a recordar.

—Es verdad, ¿te acuerdas de aquella vez que casi te tiro de los pelos porque me dijiste que Papá Noel no me traería las planchas de cerámica que yo quería?

—Es verdad, lo sabía de buena tinta y lo hice un poco para chincharte. Pero es que me tenias hasta el gorro, me habías dado unos días de perros y me dio por tirar de la manta.

—Y es que mamá se había equivocado y me compró otras...

—Claro, yo había ido con ella y tenía claro que no eran las que tú decías, pero tú erre que erre hasta que casi nos enganchamos por los pelos y nos quedamos calvas como dos bombillas.

Mi hermana se lo tradujo a Axel, que seguía sin pillar ni media palabra de lo que hablábamos y él se dobló en dos de risa.

—Sí, sí, tú riéte, pero es que yo era un trasto de mucho cuidado, y mi hermana una santa por

aguantarme.

—No diría yo tanto, pero que me las has hecho de todos los colores, de esto no tengas ninguna duda.

Un tanto aferradas al pasado estábamos cuando llamaron a la puerta.

—Mamá, ¿esperamos a alguien?

—Sí, a varios repartidores. Rodrigo y yo hemos hecho compras que tienen que ir llegando a lo largo de la mañana.

Ni corta ni perezosa, me dirigí hacia la puerta. Pero, lejos de ser un repartidor, la persona que aguardaba de pie delante de ella era la que menos esperaba en el mundo.

—¿Papá? —Eran muchos, muchos años sin verle, pero aun así su rostro me resultó de lo más familiar, como no podía ser de otro modo.

—Bego, hija, ¡qué guapa estás!

Lógico que el hombre tenía que decir algo agradable, pues solo faltaba, pero no había dado precisamente en la tecla. Si yo estaba guapa aquel día, que bajara Dios y lo viera.

—Papá, ¿qué haces aquí?

Por muchos años que hubieran pasado y por nulas que fueran las señales de vida que diera, yo no le guardaban rencor. Por lo que mi madre nos contó, mi padre solo era un pobre diablo que no pudo reconducir su vida, a pesar de que lo intentó.

—Hija, yo solo... Sé que no tengo derecho a aparecer ahora en vuestra vida, así como así, pero es que...

—No voy a hacerte ningún reproche, papá, no te preocupes. Y seguro que Marta tampoco.

Esperaba que la nueva Marta le diera una oportunidad a nuestro padre, aun a sabiendas de que a la antigua le hubiera costado mucho más.

—Marta, ven, que te tengo una sorpresa —le comenté.

—¿Una sorpresa? —Marta salió con su chupito en la mano y, antes de que pudiera articular palabra, este había resbalado de sus manos para ir a hacerse mil pedazos en el suelo.

—Cariño, tranquila, yo lo recojo —le dije mientras intentaba que se tranquilizara un poco.

—Papá, ¿qué haces tú aquí?

—Marta, hija, yo...

—¿Félix? —alertada por la rotura del chupito de cristal, mi madre salió también a la puerta.

—Mamá, tranquila, ha venido... —murmuré.

—¡¡Félix!! —exclamó ella en el colmo de la incredulidad.

—Perdona, sé que no he debido venir hasta tu casa sin avisar. Lo que pasa es que...

—Rodrigo, este es el padre de mis hijas —le comentó ella viendo que su marido contemplaba la escena desde detrás.

—¿Tú eres Félix? Pasa por favor, estábamos desayunando. Igual quieres unirme a nosotros, es un día familiar y supongo que tendrás que hablar muchas cosas con tus hijas.

A aquellas alturas del partido, yo ya tenía a Rodrigo por un gran hombre, pero aquel gesto le honró todavía más. Cielos, cuánto grandeza. Ni un segundo dudó en hacer entrar a nuestro padre.

Marta y yo lo miramos mientras tomaba asiento en nuestra cocina. A diferencia de nuestra madre, que lucía como una rosa, nuestro padre llevaba impreso en el rostro las huellas de una vida atroz.

—Yo... yo no tengo palabras para agradeceros este recibimiento —nos comentó mientras le servíamos una taza de café calentito y Lucy y Condesa lo olisqueaban como queriendo identificar si era o no un miembro más de la familia.

—No te preocupes, Félix, toma algo y ahora te dejamos a solas con tus hijas. Supongo que tendrás muchas cosas que contarles. —Rodrigo recondujo una conversación que ninguno de nosotros sabía cómo llevar.

Diez minutos más tarde, Marta y yo nos quedamos a solas con nuestro padre.

—Papá, ¿nos vestimos y vamos a dar una vueltecita? —Todavía estábamos con los pijamas, en una estampa navideña de lo más familiar.

Y nunca mejor dicho porque Rodrigo nos había regalado pijamas con motivos navideños a todos los miembros de la familia, lo que incluía a las perritas, que no podían estar más simpáticas.

—Vale, hijas, aunque no sé si podré llegar demasiado lejos, porque esta mañana estoy especialmente fatigado...

—¿Especialmente fatigado? Papá, ¿te pasa algo?

—Me temo que sí, estoy enfermo, hijas. Me han detectado un tumor hace unos días, me operan la semana que viene y yo no quería... —Nuestro padre se echó a llorar sin remedio.

—Papá, tranquilo... —No, no quería pensar en perderlo ahora que por fin parecía que teníamos la oportunidad de recuperarlo.

—Tranquilas vosotros, hijas mías. Yo no tengo derecho ni siquiera a estar aquí, cuanto y más a gozar de vuestro cariño.

—Papá, eso lo decidiremos nosotras —le respondió Marta de manera contundente, pues mi hermana no se andaba con paños calientes.

—Está bien, está bien. Yo solo quería que supierais que siempre os he querido, lo que pasa es que mi vida no fue fácil. Mi entorno no fue el más propicio, con un padre alcohólico y una madre que intentaba sacar adelante como podía a sus seis hijos... Yo era el mayor de todos ellos y pronto tuve que arrimar el hombro para llevar algo de dinero a casa.

—Papá, lo sentimos...

—Ya, pero el dinero es goloso y pronto busqué todo tipo de trapicheos para ganarlo de un modo más fácil. Todo eso pudo cambiar cuando conocí a vuestra madre. Ella no pertenecía a mi mundo, pero me tendió un puente al suyo. Yo me enamoré perdidamente de ella y, en pocos meses, para disgusto de su familia, la dejé embarazada.

—Pues bendito disgusto, papi, porque de no ser así, yo no estaría ahora en el mundo.

—Ya, Bego... Yo me prometí a mí mismo que, si la vida me había dado aquella oportunidad para cambiar, no iba a desaprovecharla y, en principio, parece que me enderecé.

—Claro, papá, claro... —Su voz denotaba que un grueso nudo anudaba su garganta.

—Lo malo es que, yo todavía no había madurado lo suficiente y, antes de lo que canta un gallo, me vi envuelto en otro follón. Y lo más grande fue que, para entonces, vuestra madre volvía a estar embarazada.

—Por suerte, papá, que de otro modo tampoco yo estaría en el mundo —Marta le dio un abrazo, pese a que en principio yo tuviera alguna reticencia sobre su actuación.

—Hijas mías, no os merezco porque, a partir de ese momento, no hice más que cagarla...

—Papá, no te preocupes, lo importante es que ahora has querido buscarnos y...

—Es que no soportaba la idea de irme para el otro mundo sin veros y sin deciros cuantísimo os quiero y os he echado de menos en estos años. Os prometo que han sido muchas las veces que intenté acercarme a vosotras, pero nunca sabía cómo hacerlo...

—Papá, nosotras también te hemos añorado mucho, mucho —le confesé.

—¿Y no me habéis odiado por mi ausencia, hijas?

—Nunca, papá, eso nunca...

Capítulo 20



Conforme las horas del día fueron pasando, Marta y yo comprendimos que aquella iba a ser la Nochebuena más especial de nuestras vidas.

En el colmo de la generosidad, Rodrigo y mi madre le habían ofrecido a nuestro padre que las pasara con nosotros.

El hombre nos comentó que, a lo largo de aquellos años, había estado tentado de acercarse de nuevo a nuestras vidas pero que, dada su trayectoria, le pareció una barbaridad, pues cuando no estaba metido en un lío estaba metido en dos. O poco menos que viviendo debajo de un puente.

A la hora convenida, Marta y yo fuimos a recogerlo al hostel en el que se alojaba. Pese a ser todavía un hombre joven, había logrado una pequeña pensión que a duras penas le daba para vivir y, en ese momento, buscaba un alquiler económico, pues no hacía demasiado que había roto con la que fue su pareja hasta ese momento.

Mientras, se alojaba en aquel hostel de mala muerte en cuya puerta lo recogimos.

—Nosotras te vamos a ayudar, papá —le ofrecí.

—No, hijas, bastante estáis haciendo ya con darme vuestro apoyo y cariño. Pero de ahí a complicaros más la vida, de eso nada... Aparte quizás pronto, bueno ya me entendéis...

—Papá, no te rindas. Si algo nos ha enseñado mamá es a no rendirnos nunca, por muy mal dadas que vengan. Yo ahora mismo tampoco estoy pasando por mi mejor momento, pero hay que apechugar cuando las cosas se ponen feas.

Con nuestro padre en el coche, llegamos a casa y entonces descubrí que la presencia de nuestro padre no era la única que nos iba a sorprender aquella noche de fiesta.

Fue abrir la puerta y se me cayó el alma a los pies, ¿cómo habían permitido que él estuviera ahí?

—Marino, esta es una noche familiar así que, te ruego por favor que, si me aprecias en lo más mínimo, salgas ahora mismo de mi casa para no volver —le indiqué la salida.

—Espera, Begoña, creo que estás equivocada con él —intervino Rodrigo mientras mi padre miraba la escena sin entender nada.

—¿Es tu novio, hija?

—No, no es mi novio ni es nada mío, papá —le aclaré.

—Sí, señor, usted debe ser Félix, yo soy el novio de su hija, aunque ella todavía no lo sepa.

—Pero ¿serás sinvergüenza? Mira Marino, yo quería evitarte esta escena, pero dado que no me dejas otra posibilidad, voy a tener que hacerlo. Vaya, que te voy a tener que poner la cara roja delante de todos.

—Bego, cariño, espera...

—Tú eres un malnacido, te aprovechas de tu condición de abogado para prometerles que les vas a sacar las castañas del fuego a muchas chicas que caen en tus brazos y luego, en cuanto sacas

tajada de ellas, si te vi no me acuerdo. Yo no quería pintártelo así de crudo, pero no me has dejado más remedio.

—Bego, te estás equivocando con Marino, no digas nada más porque lo vas a lamentar.

Rodrigo dejó caer sobre la mesa un sobre con unas fotografías que yo tomé entre mis manos.

—Pero ¿alguien me puede explicar qué significa todo esto? —les pregunté, mirando alternativamente a Marino y a Rodrigo.

—Edu no te dijo la verdad —me aclaró Rodrigo—, la única verdad es la que muestran estas fotografías...

En ellas se veía a Griselda, en la clínica, pagándole a Edu una cuantiosa cantidad de dinero.

—¿Y cuál es la verdad? —Sentí que me mareaba.

—Pues que esto ha sido una maniobra orquestada desde el primer momento por tu compañera Griselda. Lástima que ella, en su infinita maldad, no calibró que aquel pago estaba siendo grabado por la cámara de seguridad que Mauricio acababa de instalar en el hall de la clínica.

—¿Y entonces...?

—Entonces, estas fotos han llegado a mi poder esta mañana. Puesto al habla con Marino, hemos ido a hacerle una visita al tal Edu. Suerte que Mauricio y Miguel son amigos y él nos proporcionó las fotos con las que poder tirar de la manta.

—¿Y Edu qué ha dicho?

—Pues nos ha confesado que, aquel día, le comentó a Griselda por teléfono que tú lo habías visto en la clínica y que podías haberlo reconocido.

—Pero yo no lo vi hablando con ella, solo saliendo.

—Eso él no lo sabía. A continuación, te siguió hasta los juzgados y allí te vio con Marino.

—¿Por qué me siguió? ¿Y por qué Griselda ha querido destrozarme la vida?

—Porque Mauricio pronto se jubilará y ella te veía como una perfecta candidata a ser directora de la clínica. Y contigo en la dirección veía peligrar su puesto.

—¿Y cómo pudo hacerlo?

—Entró en contacto con Edu. Te había escuchado decirle a Esther días antes que el sábado quizás fueras a buscar un anillo para tu madre y ella dejó caer el nombre de aquella joyería en otro momento, para que tú lo recogieras.

—Maldita...

—Sí, entonces le encargó a Edu que te siguiera el sábado y que hiciera aquella maniobra, hacerte quedar como una mangante para que Mauricio te echara.

—Qué maldita hija de mala madre...

—Así, es. El caso es que, cuando Edu le dijo que te había visto en el juzgado con Marino, cuya buena reputación conocía, ella pensó que saldrías libre de todos los cargos y su plan no habría valido para nada. Por eso se afanó en que quitar a Marino de tu camino.

—Y ni falta le hizo, porque igualmente Mauricio me despidió.

—Sí, pero así se aseguraría de que te condenaran y que no tuvieras posibilidad de retorno a la clínica.

—Asquerosa...

—Sí, hija, esa mujer te la ha jugado con toda la maldad del mundo.

—Y por eso inventaron todo aquello, Marino. —Le miré a los ojos con toda la vergüenza del mundo.

—Sí, crearon en ti una duda razonable que se llama. Es decir, jugaron con una verdad y varias mentiras.

—Y prepararon entre él y su hermana todo lo que debían decirme.

—Exacto. Lo única verdad de todo aquello es que yo, durante una aciaga época de mi vida coqueteé con las drogas, cosa de la que no me siento en absoluto orgulloso.

—Lo imagino...

—No te preocupes, Marino, que eso puede pasar en las mejores familias. —Mi madre le guiñó un ojo a mi hermana Marta, quien le devolvió un gesto de condescendencia.

—Ellos, como maleantes que son, sabían de aquel problema que yo tuve y lo utilizaron en mi contra. Edu lo ha largado todo, porque al tener las fotos, le hemos amenazado con que saldrá mal parado en otros muchos temas que tiene pendientes con la justicia. Entre Griselda y el hilaron aquella historia de que yo era un mierda que se aprovechaba de sus clientas. Y nadie mejor que Mar, a quien no he defendido ni he conocido en la vida, por cierto, para corroborarlo.

—No sabéis lo convincente que pudo llegar a ser esa mujer, si es que me contó con pelos y señales cómo la sedujiste y cómo...

—No la he visto en mi vida, esa es la única realidad...

—Otra maldita, cuánta maldad junta...

—Y cuánta bondad por tu parte, hija. De eso se han aprovechado todas aquellas malas personas.

—Ya, mamá —Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas mientras miré a Marino.

—Por cierto, que Mauricio nos ha ofrecido que vuelvas a tu puesto de trabajo si quieres, pero yo me he aventurado a decirle que se lo meta por dónde le quepa —me comentó un Rodrigo cómplice a quien le sonreí de inmediato.

—Has hecho muy bien porque, si no le llegas a pedir que revisara las cintas de la cámara de seguridad, no me hubiera creído en la vida.

—No, claro... de hecho en ellas no se ve cómo Griselda mete la mano en la caja, pero ya no nos queda duda de que fue ella. Ese día sí cayó en que la cámara estaba ahí y la apagó, pero se coge antes a un mentiroso que a un cojo. Debía estar atemorizada pensando en que la habían grabado con Edu y pensó en acelerar tu despido.

—Y lo logró, la muy mala persona lo logró.

—Pues ahora ya ha pasado todo, bonita. ¿Ves por lo que le decía a tu padre que sí que soy tu novio? —Marino estaba súper contento.

—Lo veo, lo veo y no sé cómo voy a pedirte perdón por todo este malentendido.

—¿Perdón? ¿Qué dices? No tienes que pedirme perdón, lo único que tienes que hacer es olvidarte de todo lo que ha pasado en los últimos días y pedir un deseo. Piensa que, con la confesión de Edu, vas a quedar libre. No había ninguna mujer en la joyería, como él te dijo, fue él quien puso el anillo en tu bolsillo... Ya está todo arreglado.

—Marino, tú eres mi deseo...

Capítulo 21



Descubrí que todo lo que me decía Marino era verdad y que su interés por mí era sincero la semana siguiente, cuando operaron a mi padre. En concreto lo hicieron el día 28 de diciembre y, aunque en principio el pronóstico no era bueno, pronto nos demostró a Marta y a mí que nuestra buena genética venía en parte de él.

—Familiares de Félix Cifuentes, por favor.

—Nosotras somos sus hijas.

—Bien, os comento que, aunque en principio debemos ser cautos, parece que hemos cogido a tiempo el tumor de vuestro padre. Por supuesto, y como no podría ser de otra manera en estos casos, el resultado de las pruebas posteriores va a ser determinante para su evolución, pero parece que todo apunta a que será favorable.

—¿No es una inocentada? —le pregunté mientras miraba a Marta con los ojos todo lo abiertos que podía.

—Pero Bego, ¿cómo va a ser una inocentada? —me respondió Marino mientras me abrazaba con fuerzas.

En pocos días, entre todos habíamos hecho una increíble piña. Mi hermana, Axel, Marino, yo... Y también Esther que estaba súper feliz por mí.

—Oye, ahora que te llevas fenomenal con tu hermana, ni se te ocurra olvidarte de tu hermana postiza, ¿eh?

—¿Cómo me voy a olvidar de ti, petarda? Si tú has sido mi apoyo todos estos años.

—Y lo pienso seguir siendo, por cierto, ¿tú tienes idea de la que se ha formado en la clínica a partir del despido de Griselda?

—No sé, imagino que esa bruja se habrá subido por las paredes, ¿no?

—Sí, sí y sin escoba y sin nada. Por no contarte que ahora la que se enfrenta a un procedimiento judicial es ella. Y encima, para que no falte nada, Leocadio le ha dado una patada en el culo de no te menees.

—Y no hace falta que me digas en quién ha ido a refugiarse después de darle esa patada en el culo a su novia...

—Tú sabes, en una preciosa amiga tuya que no es por nada, pero lo tiene todo; es guapa, simpática, alta, estilizada...

—Y para nada engreída.

—Para nada, para nada —bromeó.

—Oye, no veas si me alegro por ti, cariño.

—Ya lo sé, feucha. Y, además, con eso me voy acompañada a Baqueira Beret a recibir el Año Nuevo.

—Por supuesto, que este año tenemos mucho que celebrar, hazlo por mí.

—¿Cómo por ti? Aunque no te vengas, también tendrás tu celebración, ¿no?

—Eso seguro. Aunque Marta y yo nos estaremos turnando para cuidar de nuestro padre que, ahora que por fin ha aparecido en nuestras vidas, no tenemos ninguna intención de dejarlo solo.

—No debéis, mira, el mío ya sabes que está pachuchillo del corazón y yo, día que pasa con nosotros, día que considero un regalo. Tú no has tenido la oportunidad de disfrutar del tuyo hasta ahora, pero eso ya ha cambiado.

Y no era solo eso lo que había cambiado, pues ningún aspecto de mi vida era el mismo.

Marino me acercó un café calentito que acababa de sacar de la máquina.

—Cariño mío, todo ha salido a pedir de boca. ¿Y sabes qué? No he querido decirte nada para no ponerte nerviosa, pero ahora tengo una vista con el juez en la que probablemente se archive ya tu caso.

—¿Ya? —le pregunté con lágrimas en los ojos, porque todo lo que me estaba ocurriendo era bueno.

—Sí, ya no tiene ningún sentido que el procedimiento esté abierto. Griselda, a la vista de las pruebas, no ha tenido más remedio que confesar y eso te exculpa a ti por completo.

—Marino, estas están siendo las mejores Navidades de mi vida, ¿lo sabes?

—¿Y eso me incluye a mí?

—¿A ti? No sabría decirte, en el fondo no, creo que no —bromeé mientras él me abrazaba y se levantaba.

—Amor, ahora tengo que dejarte un rato para ir al juzgado, pero te prometo que en cuanto termine vendré como una bala. Axel y yo os podemos relevar un ratito, que habéis tenido demasiada tensión en los últimos días.

—Marta y yo no nos vamos a querer mover de aquí hoy, pero admitimos pulpo como animal de compañía. Y si admitimos pulpo, también os admitiremos a vosotros, claro qué remedio.

—Míralas qué mártires ellas...

Marta le iba traduciendo todo el tiempo a Axel, quien se partía de risa con nuestras cosas.

También estaban allí mi madre y Rodrigo que, a las puertas de irse a celebrar la Nochevieja a algún lugar, no habían querido dejarnos solas aquel día tan determinante para mi hermana y para mí.

—Bego, te dijimos que nos quedaríamos una temporada. ¿De verdad insistes en que nos vayamos? No es necesario.

—Ah, no, mamá de eso nada. Ahora os vais, que yo voy a necesitar tiempo a solas con mi chico, ¿o qué va a ser esto?

No, no era esa la cuestión, aunque, entre pitos y flautas, Marino y yo no habíamos tenido tiempo ni para echar viento. Cuanto y más para intimar. Lo cierto era que yo cerraba los ojos y me estremecía de pensar cómo funcionaríamos en la intimidad; aunque, era tal la química surgida entre nosotros que estaba prácticamente segura de que iba a ser descomunal.

Aquellos fueron unos días intensos en los que vivimos poco a poco la recuperación de mi padre. Por fin, después de tantos años, contaba con una familia unida en la que no faltaba el hombre que tanto se había perdido de nuestras vidas.

Pero, hablando de hombres y de vida, Marino se había convertido en el de la mía. El día que le dieron el alta a mi padre, de camino a recogerlo, me dejó caer algo...

—Estas Navidades han sido especiales, pero te prometo que las próximas van a ser inolvidables, cariño mío.

—¿Y por qué se suponen que van a ser tan inolvidables?

—Tú espera....

Epílogo



Un año después

Lo que Marino me había prometido, lo cumplió a pies juntillas. Con el llegar de las siguientes Navidades, mi vida cambió por completo. Y la suya.

—Hermana, me caigo muerta, estás impresionante —me dijo Marta cuando me vio vestida de novia, con mi vestido de corte sirena rematado con un chal con el que compartir los rigores del invierno.

—Desde luego que siempre has tenido cosas de bombero torero, Bego, mira que casarte en invierno, arriesgándote a que hubieran caído chuzos de punta.

—Sí, hombre, nada más que lo veas... Esthercita, que hasta el tiempo está de parte de Marino y mía, ¿has visto alguna vez un sol más reluciente en Navidades?

—Pocas veces, esa es la verdad...

Marta y Esther eran mis damas de honor, en tanto que Axel y Francis fueron testigos por parte de Marino. Sí, Francis el primo de Esther, que terminó por darnos sus bendiciones y se alegró cantidad por nosotros.

Durante aquel último año la vida no podía haber sido más generosa con Marino y conmigo. En primavera, gracias a la ayuda de Rodrigo y de Miguel, Esther y yo pudimos inaugurar nuestra propia clínica veterinaria, haciéndonos socias.

Lo hicimos en una zona residencial de la ciudad que estaba llena de gente joven con mascotas y en la que tuvimos una extraordinaria acogida, por lo que el negocio iba sobre ruedas.

Ese mismo día, al final de las copichuelas que dimos con motivo de la inauguración, Marino tomó la palabra y allí delante de todos nuestros familiares y amigos entonó un...

—Un momento, un momento, que ahora que mi chica se ha convertido en empresaria, yo quisiera también decir algo...

—¿Qué dices, cariño? —le pregunté con las mejillas compitiendo con el rojo de un tomate.

—Pues qué voy a decir mi vida, que estoy loquito por ti desde el día en que te conocí —me confesó mientras me guiñaba un ojo y yo rezaba a todos los santos para que la euforia del momento no le hiciera largar en qué condiciones lo hicimos—, y que hoy que sé que es uno de los días más felices de tu vida no quiero que te me escapes sin preguntarte si quieres ser mi mujer y compartir el resto de ella conmigo.

A continuación, sacó de su chaqueta un anillo y, antes de que yo contestara, me lo encajó en el dedo.

—Pero cariño, si todavía no te he contestado —murmuré con lágrimas en los ojos.

—Ni falta que hace, me lo dice tu mirada de complicidad todos y cada uno de los días.

Bien me conocía ya aquel villano a esas alturas. Sí, porque aparte de querernos, mi chico y yo estábamos frenéticos el uno con el otro y nuestra vida sexual era una espiral en la que nos

sumergíamos cada vez que teníamos la posibilidad; esto es, todas las noches y gran parte de los días, pues ya vivíamos juntos en su casa en aquel momento.

Si a algo dije adiós en ese tiempo fue a aquella soledad que antaño me azotaba, pues desde que conocí a Marino tal sensación desapareció por completo de mi vida.

El que comenzó siendo mi abogado, se había convertido en mi alma gemela, en mi amante, en mi cómplice y en todo aquello que pudiera ser un hombre para una mujer.

Aquel día, cogida del brazo de mi padre, me sentí más feliz y emocionada que nunca en la vida.

—Te canto unas sevillanas si hace falta, mi niña, qué bonita estás —me dijo al cogerme del brazo, pues él era muy flamenquillo.

—No, eso déjalo para la fiesta, que no sabes lo flamenca que es mi suegra. Y hasta tu yerno te va a sorprender.

—¿El finolis de mi yerno canta flamenco? —me preguntó de lo más sorprendido.

—No, cantarlo, no. Lo baila, y como los ángeles...

—Acabáramos, yo ya me lo creo todo en la vida, hija mía.

Y era normal que se lo creyese todo porque a él la vida también le había dado un giro de ciento ochenta grados. Por suerte, mi padre había superado su enfermedad y no solo eso, sino que meses después conoció a una chica, Ángeles, con la comenzó una relación y con la que se llevaba de maravilla.

Cuando Marino me vio aparecer por la iglesia camino del altar, me lanzó un beso al viento indicándome que no podía estar más guapa. En eso hacía juego con él pues, del brazo de su orgullosa madre, mi chico parecía un muñeco.

Pero para muñecos, la comitiva perruna que también llevábamos mis damas de honor y yo, formada por Matías, Condesa y Lucy.

Aquellos tres no podían tener más arte y lo mejor del caso fue que se portaron magníficamente durante toda la ceremonia.

Sí, sé que puede sonar raro que nos acompañaran, perfectamente ataviados para la ocasión; Matías con su pajarita a juego con Marino y Condesa y Lucy con sus coquetos vestiditos... Pero es que aquellos tres malandrines formaban también parte de nuestra historia de amor y, por tanto, era lógico que estuvieran presentes.

No faltó aquel día ninguno de nuestros seres queridos. Mi madre y Rodrigo estaban también exultantes, de la misma forma que Rosalía y Miguel, los padres de Esther que decían a boca llena que aquel día habían casado “a la primera de sus hijas”.

Toda una fiesta que Marino y yo vivimos como quisimos... Con los nuestros y alardeando de un amor que, entre los dos, haríamos de leyenda...

Lo que había comenzado de la forma más rocambolesca del mundo estaba llamada a convertirse en una historia apasionada de esas que perduran a lo largo del tiempo.

Así lo queríamos Marino y yo y así nos lo prometimos cuando nos quedamos a solas en nuestra noche de bodas.

—Te amo, Bego, te amo con todas mis fuerzas y ahora que soy tu marido, voy a poner toda la carne en el asador para hacerte feliz.

—Y yo, ¿qué te voy a decir, maridito mío? Si tú eres mi deseo...